

EL MUNDO.

TOMO II

MEXICO, NOVIEMBRE 20 DE 1898

NUMERO 21



Illmo. Señor Dr. Don Pedro Loza y Pardavé, Arzobispo de Guadalajara.
† el día 15 del actual.

(Fot. de Lupercio.--Guadalajara.)

LA SEMANA

La Iglesia Mexicana lamenta la muerte de uno de los miembros más ilustres del clero, el Illmo. Sr. Dr. Dn. Pedro Loza y Pardavé. Arzobispo de Guadalajara, decano de los prelados de la República.

La sociedad jalisciense ha sentido hondo pesar por la desaparición del octogenario prócer que rigió más de treinta años aquella Archidiócesis, presidiendo su energía y prudencia el movimiento de concordia que armoniza la conciencia católica con el imperio definitivo de las instituciones liberales del país. El Sr. Loza facilitó en su gobierno eclesiástico el cumplimiento de las leyes del registro civil prescribiendo al clero la obligación de auxiliar á las autoridades en la legalización de los matrimonios é inscripciones de nacimiento.

Había sido el Sr. Loza un favorito del Arzobispo de la Garza; como él, sufrió destierro y confinamiento por su actitud anti liberal en las épocas de discordia política; pero cuando desapareció como partido de combate la agrupación clerical, comprendió el deber de someter su conducta de prelado católico á la ley imperante y fué desde ese día un pastor de almas.

Aceptó las exigencias del ministerio sacerdotal en estos tiempos de libertad y de conflictos confesionales: vió que la Iglesia, de la que fué un príncipe, debía aperebirse á la defensa de su primacía por medios morales, ya que como culto libre no contaba con el apoyo secular, y para ganar las conciencias, emprendió el prelado de Jalisco una obra de grande aliento: procuró la instrucción del clero, organizó la propaganda de la fé, moralizó con el ejemplo de su vida pura y con su enseñanza y dió á las ceremonias el esplendor antiguo, destruyendo los residuos mundanos que había en algunos ritos y el culto pagano y fanático que rendían los católicos á San Expedito.

El mejor elogio que de él pudiera hacerse sería decir que fué su vida digna del gran Pontificado que dejará á la historia los nombres de Leon XIII, Lavigerie, Corrigan y Gibbons.

Como signo de los tiempos en que vivimos, de conflicto de creencias, ruptura de la antigua unidad teocrática y tolerancia social y respeto mutuo de las diversas confesiones religiosas, hemos visto al Emperador Guillermo, que pretende ser el Papa evangélico de Alemania, ofrecer al Papa del Catolicismo, la casa de la Virgen en Jerusalem. Noble y generosa dádiva que León XIII aceptó agradecido para los fieles del Imperio Germánico.

Mas el regocijo que los católicos de Alemania sienten al verse dueños de ese lugar santo, pronto se trocará en dolorosa decepción cuando sepan lo que todos sabemos ya en México, que la casa de la Virgen pertenece en exclusiva propiedad á la Nación mexicana y que ni el Sultán pudo hacer con ella un obsequio al Emperador ni éste ofrecerla al Papa con destino al culto de sus súbditos católico-romanos.

Un aficionado á la paleontología histórica ha descubierto que nuestro ex-pretense soberano, el Archiduque, adquirió para México la casa en referencia, por conducto de D. Leonardo Márquez, quien llevó á Siria instrucciones y poder bastante para hacer el contrato respectivo.

Desgraciadamente no hay quien haya visto las escrituras y los repórters nada dicen sobre el desempeño de la misión Márquez, respecto á la cual difícilmente han de quedar huellas en los archivos.

Y es lástima que todo esto resulte falso y que D. Leonardo guarde silencio.

Magnífica sería la ocasión para una cruzada... de remitidos.

Los aficionados á la alarma patriótica, á propósito de todo y principalmente de los yankees, encuentran motivos para entonar discursos contra la conquista pacífica y el buen sentido, comentando el nuevo caso Cutting que se discute en los tribunales de Sonora.

Un norteamericano mató en territorio extranjero á un compatriota nuestro y al ser aprehendido en suelo mexicano, se le formó causa, de acuerdo con los preceptos de la legislación patria.

El Ministerio de Estado de Washington reclama la entrega del culpable, pues en los Estados Unidos pretenden que la víctima del delito era de nacionalidad norteamericana, aunque su nombre sea español y mexicanos sus ascendientes.

Si esto es exacto no habrá más que acceder á la demanda, y como en el caso no se discute el derecho de México para retenerlo si se probara la nacionalidad mexicana del que fué víctima del delito, el honor de nuestra diplomacia y las leyes nacionales no sufrirán menoscabo.

Pero no lo creen así los Bayardos del disloque intelectual para quienes el pretexto más fútil es ley que obliga á vomitar injurias contra el extranjero y motivo para escaramuzas bélicas que áfortunadamente no tienen consecuencias.

Ha habido huelga de algunos empleados de tráfico, en el Ferrocarril del Valle.

Si en todas partes difícil es que haya huelga sin agitación más ó menos anárquica, aquí no se concebiría un hecho de estos sin *escandalito*.

Este diminutivo es del vocabulario nacional y expresa con admirable precisión la naturaleza impulsiva y pueril de nuestro pueblo y las proporciones raquílicas de esos arranques que en otros países son graves amenazas al orden.

Hay algo profundamente serio en la afirmación del operario en huelga: si el movimiento se extiende, su actitud entra en juego para determinar importantes alteraciones económicas.

En México la huelga es todavía una de tantas ocasiones para el motín anodino cuyas manifestaciones más graves son el sibido soez y la pedrada: una patrulla de gendarmes y media docena de destituciones restablecen la tranquilidad y encarrilan la empresa amenazada.

El proceso iniciado contra el Doctor Abrego por los tribunales sigue sus trámites y al mismo tiempo se le abre otro juicio más severo ante la opinión pública.

La prensa honrada y seria ha declarado contra los intereses puramente personales del presunto reo que la sociedad no necesita pruebas legales para condenar á un hombre culpable: sólo respeta, sólo discierne el mérito de la honorabilidad al que no tiene manchas en su vida.

Y así debe ser. Si nada más hubiera la sanción de las penas judiciales para condenar el crimen y la inmoralidad, todos los malhechores que por azar ó posición privilegiada escapan de las redes del Código, tendrían derecho á ocupar un puesto al lado de los hombres intachables.

En buena hora que el acusador público se atenga á las constancias del proceso; la opinión prescinde de ellos y basa su fallo en un criterio más amplio: exige pruebas positivas de inculpabilidad.

Dick

Política General.

RESUMEN.—LAS CONFERENCIAS DE LA PAZ EN PARIS.—INFLEXIBILIDAD DE LOS AMERICANOS Y RESISTENCIA DE LOS ESPAÑOLES.—LA INTERVENCIÓN DE LAS POTENCIAS.—VANAS ESPERANZAS.—LA CONDICIÓN DEL VENCIDO.—LA EVACUACIÓN DE FASHODA.—INGLATERRA AGRESIVA.—APLAZAMIENTO DEL CONFLICTO.—OBSCURIDADES DE LA POLÍTICA.—FRANCIA Y ALEMANIA.—¿HABRÁ UN CAMBIO?—CONCLUSIÓN.

Después de mes y medio de conferencias y discusiones, después de una serie no interrumpida de notas y memoranda, aún no llegan á un completo acuerdo los individuos de la comisión mixta internacional de Paris, y está todavía lejos el día en que se firme el tratado de paz definitivo, apoyado en el protocolo de Washington, para hacer cesar ese estado anómalo que hoy existe entre la monarquía española y la Unión americana. Otra vez vuelve á anunciarse el peligro que hay de que se interrumpan las negociaciones y de que se retiren los comisarios españoles, imposibilitados de hacer prevalecer su voluntad ante la inflexible determinación de los americanos para retener en poder suyo, el archipiélago filipino.

Resístese todavía España á abandonar aquel territorio que conquistó con sus exploradores, ci-

vilizó con sus misioneros, explotó con sus comunidades religiosas; no se resuelve á abandonar aquellas fértiles tierras donde se agrupan pueblos y razas diferentes y donde ha ejercido dominio por más de tres siglos. Perdido su imperio colonial en este lado del Atlántico, aunque algunos aconsejan é indican que no se halla en la actualidad en las condiciones necesarias para mantener su dominio á tan remota distancia de la metrópoli; no quiere dejar caer los últimos flujos de su imperial corona, y pretende á toda costa mantener allí su soberanía ó cuando menos obtener la compensación indispensable por la cesión que se le exige, ya que de ella no habló el protocolo de Washington.

Y las discusiones continúan, siguen sin descanso las interpretaciones del artículo tercero del famoso protocolo que se refiere á Filipinas. Se busca el alcance, la significación que puedan tener cada una de las palabras de ese artículo, y frente á las sesudas exposiciones de los representantes españoles, se alza Mr. Day en actitud severa, sin dar la más mínima señal de transigir en cuanto se refiere á los primeros deseos manifestados, ni cejar un punto en cuanto se relaciona á su resolución final. Podrá discutirse la cantidad que se dé como compensación; pero queda siempre invariable la solicitud primitiva de que España ha de abandonar por completo su soberanía secular sobre todo el archipiélago.

En tal estado la cuestión, nada hay que la haga avanzar en el camino de su resolución. En vano se oye á lo lejos el rumor de negras tormentas que amenazan descargar sobre la Europa entera, con motivo de la cuestión filipina, que se une, se entrelaza y se confunde con el gran problema del extremo Oriente; en vano alegan los periódicos que de este asunto hablan, la circunstancia de que la aparición de los Estados Unidos como un nuevo elemento en el problema, lejos de aclarar la situación, la embrolla y agrega nuevos obstáculos que en un momento dado, pueden ocasionar conflictos entre las grandes potencias en él interesadas.

No hay necesidad de recordar que la indiferencia de Europa en el principio de la guerra ante las desdichas de España, se encuentra en el mismo estado y nada hay que la impulse á tomar algo más que resoluciones platónicas en favor del vencido; no se descubre todavía nada que pueda impulsar á las potencias á cercenar al vencedor el fruto de sus victorias. Cuando el imperio del Mikado quiso cobrar de los hijos del cielo todo lo que su ambición deseaba después de sus ruidosos triunfos, Rusia apoyada por Francia y Alemania marcóle una hasta aquí á sus desapoderados deseos; intervinieron aparentemente en favor del Celeste Imperio, para después cobrar con creces su oficiosa intervención. La ocupación de Kiao Chao por los alemanes, el predominio de Rusia sobre toda la Manchuria, teniendo por base el formidable é inexpugnable Puerto Arturo, y el adelanto de Francia en sus esferas de influencia sobre territorio chino, pueden relacionarse muy bien con aquello que parecía intervención gratuita y filantrópicas medidas para detener la espada tremenda de Yamagata sobre las huestes despavoridas de China.

Si ahora se notara algún movimiento entre las potencias continentales para impedir que Estados Unidos recoja hasta lo último la cosecha de sus triunfos, ¿no es natural creer que habrían de cobrar tarde ó temprano el corretaje de su intervención? De otro modo, saltarían luego los odios antiguos y las rivalidades nuevas, se encendería el conflicto y acaso se formarían dos bandos en universal conflagración. Por eso otra vez hemos dicho que Europa permanecerá en la actitud hierática que ha adoptado desde un principio ante el conflicto hispano americano, y al fin España habrá de ceder, á menos de ver renovarse las hostilidades con el extranjero, en tanto que en su interior se sienten las palpitations dolcrosas de una guerra civil, se escuchan las protestas de rebelión de las provincias que pretenden vida propia ante la dolorosa situación porque atraviesa la metrópoli.

Triste es confesarlo, pero cuando la condición de vencida impone á España la unión más estrecha de sus hijos, cuando las heridas de ayer exigen el esfuerzo mancomunado de todos para acudir á la reorganización del país, se escuchan las voces de Barcelona y Aragón, de Navarra y de Vizcaya, que hablan de intereses regionales en contraposición con los intereses más sagrados de

la nacionalidad. Se pronuncia de nuevo la palabra carlista y se escuchan á lo lejos los rugidos de la fiera y se adivina con terror el resplandor siniestro de la guerra civil.

Tengamos fe en que la vitalidad del pueblo español, capaz de los más grandes sacrificios y de supremos esfuerzos, logre conjurar la tormenta que se cierne sobre su hermoso cielo.

* *

Ya es un hecho que Francia, no queriendo comprometerse en una guerra extranjera con la Gran Bretaña, abandonó las conquistas de Marchand, hizo a un lado sus aspiraciones sobre el Nilo Superior, dejó sus pretensiones sobre Bahr-el Gazal y se retiró de Fashoda, dejando para ocasión más propicia la solución de la cuestión egipcia. Es un hecho también que, engreída Inglaterra con su ruidosa victoria sobre los dervises, primero, enorgullecida con las glorias de Kitchener, á quien ensalsa como á uno de los primeros capitanes del siglo, y ufana después con su triunfo diplomático, digno de notarse más, después de la serie de descabros que ha sufrido desde que agotó la política del espléndido aislamiento, ha llegado hasta olvidar las que parecían promesas cuando se trataba la cuestión de Fashoda entre los gabinetes de Londres y París.

Sin existir ya el motivo de la disputa, habiendo desaparecido la causa del conflicto, no se han suspendido sin embargo los bélicos aprestos. Ha seguido sin descanso el movimiento y la actividad extraordinarios en los arsenales y factorías; y desafiando al porvenir, declara por boca de Mr. Chamberlain, el más punzante de los ministros de la corona, que al retirarse de Fashoda, Francia ha abandonado cuantos derechos creía tener sobre el valle del Nilo, y no debe esperar compensación alguna, ni por cuenta de las conquistas de Marchand, ni á virtud de su proceder correcto en la secuela de las negociaciones. A esas declaraciones un tanto agresivas del Ministro Chamberlain, agrégase el recuerdo que hace de deudas antiguas y rencores viejos, júntase la alusión á quince años de pequeños alfilerazos inferidos por Francia contra la soberanía del Imperio colonial inglés. Y cuando á estas manifestaciones chauvinistas del Ministro de las Colonias se asocian las declaraciones del mismo género de los Rosebery y Hicks Beach, se comprenderá el estado general de los ánimos en la República Francesa.

Un periódico que recibe inspiraciones directas de la Secretaría de Relaciones en el Gabinete francés, dice que esa actitud puede influir de tal modo en la política francesa, que haga cambiar de rumbo la dirección de la política internacional de Europa, y establezca de otro modo el equilibrio inestable en que se sostienen las potencias. Ya otra vez y con este mismo motivo, un periódico que se decía bien inspirado, apuntaba la posibilidad en que se encontraba Francia de dirigirse á Inglaterra para saldar sus viejas cuentas con Alemania, ó de acercarse á Alemania para satisfacer sus dificultades con Inglaterra.

Por más extraordinario que parezca éste último supuesto, todo es posible. Dificilísimo es penetrar entre las sombras que envuelven los secretos de los Gabinetes. ¿Quién puede asegurarnos que la alianza franco-rusa no orillará alguna vez á la República francesa por estos nuevos rumbos?

Y sin embargo, el mismo juego que se presenta delante de Francia, la misma disyuntiva que se ofrece á la nación que se ha enardecido á la sola idea de la revancha, preséntase también ante el Imperio germano; por mucho tiempo se la ha visto vacilar entre las contemporizaciones con Rusia y los halagos á Inglaterra; entre una *entente* con San Petersburgo y una aproximación hacia Londres.

No ha mucho tiempo, el Transvaal era el fantasma que se alzaba entre la reina Victoria y su augusto nieto; ahora se habla de un convenio secreto para arrancar á Portugal la bahía de Delagoa que se cede á la Gran Bretaña, compensándose Alemania con cierta extensión de sus dominios en el África oriental. Ayer era la oposición de Berlín á los deseos del Czar para el arreglo de la cuestión balcánica, y después viene su acuerdo en el extremo Oriente, y la adquiriesencia de Rusia á que Alemania adquiera territorios en el Golfo de Petchilí.

¿No son estos hechos contradictorios, suficientes á apoyar nuestras presunciones? ¿No hablan por sí mismo con reveladora elocuencia de los cambios continuos de las faces inagotables por-

que atraviesan las grandes naciones siempre siguiendo su rumbo de engrandecimiento sin importarles nada los compromisos de ayer y las promesas de mañana?

Entre tanto, hay que esperar la marcha de los acontecimientos para poder definir, con certidumbre, cuáles son los nuevos rumbos de esa incomprendible política europea.

X. X. X.

17 de Noviembre de 1898.

El Ilmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara.

El 18 de Enero de 1815, y en jurisdicción de la parroquia de San Pablo, de la ciudad de México, nació el Sr. D. Pedro Loza y Pardavé.

Sus estudios de *Facultad Menor* los hizo en el Seminario de la ciudad, habiendo suscitado lucidos actos públicos, que realmente fueron verdaderos torneos sobre Filosofía, Literatura, Ciencias Exactas, Física, Materias de Derecho y de Sagrada Teología; en resumen: brillantísima fué su carrera, y llamó la atención de sus maestros desde el curso de latinidad, que hizo bajo la dirección del Sr. Cura Garza, sabio y experto Profesor de aquel Seminario.

En 19 de Marzo de 1838, recibió las sagradas órdenes del Presbiterado, revistiendo acto tan severo toda la solemne ritualidad prescripta por la Iglesia Católica.

En 22 de Agosto de 1852, fué consagrado Obispo de Sonora y de Sinalca, celebrándose la solemnidad, con toda pompa en México, de donde pasó á Culiacán á hacerse cargo de su Diócesis.

En Junio de 1868, fué preconizado Arzobispo de Guadalajara, á donde llegó en Febrero de 1869 (*miércoles de ceniza*), por la tarde, en medio de las aclamaciones más sinceras y espontáneas, de los habitantes de esa ciudad.

Señalado el día de la toma de posesión, y estando ya allí el Ilmo. Señor Diez de Solano, Obispo de León, este Prelado con las solemnidades acostumbradas, impuso el *Palio* al Sr. Loza.

La dedicación que el Sr. Loza tuvo en su importante ministerio, sus repetidas visitas á los curatos, la frecuente expedición de cartas pastorales para la instrucción de sus diocesanos, su cooperación para el culto de muchos templos de la ciudad y para la construcción de varios que se han levantado dentro y fuera de ella; sus desvelos porque el clero estuviese siempre sobre el estudio y por último, su prudencia para dirigir los negocios, su modestia, su trato afable y demás virtudes privadas, le granjearon un cariño sincero y la consideración más profunda de todas las clases sociales y aún de las autoridades del orden civil que siempre vieron en el prelado sumisión á las leyes y disposiciones vigentes.

Comentadas favorablemente fueron las instrucciones que el prelado hizo á todos los curas de la Archidiócesis, previniéndoles que ayudaran á las autoridades en la práctica del Registro Civil, no autorizando ningún acto, como matrimonios ó bautizos, hasta que se hubiera cumplido aquel requisito.

Dicó buenas disposiciones para que se fundasen escuelas primarias en todas las filigras de su archidiócesis.

Fundó en 1879 el magnífico plantel para enseñanza superior con el nombre de «Liceo Católico» sostenido con donativos particulares, dotándole de magníficos catedráticos.

Fundó también la Academia Pontificia en substitución del antiguo Claustro de Doctores, y esa Academia fué muy respetada.

En el Cabildo de Guadalajara las canongías no se obtienen por gracia.

Allí, cuando hay una canongía vacante, los aspirantes, que han de ser Doctores, bien en cánones ó en teología, se sujetan á oposición rigurosa.

Las cuatro canongías de oposición son las de Magistral, Penitenciario, Doctoral y Lectoral.

Los actos son públicos y se efectúan en la Catedral con asistencia del Cuerpo de Doctores de la Academia Pontificia.

El Sr. Loza, siempre que lo permitían sus enfermedades, presidía el certamen, haciendo justicia con su voto.

Además de las canongías de oposición y las dignidades de aquel cabildo que son cinco, Dean, Arcediano, Chantre, Maestrescuela y Tesorero hay cuatro prebendas que el Sr. Loza, de acuerdo con los capitulares, proveyó en su tiempo con eclesiásticos muy ameritados por sus virtudes y por su saber, aquilando los servicios que habían prestado en el cumplimiento de su misión.

Por esto es que el clero de Guadalajara hallegado á tener gran respetabilidad.

Al Sr. Loza se debe el establecimiento de la filosofía Tomística.

En cuestiones del culto fué muy enérgico y justificado.

Prehibió en forma terminante la veneración de San Expedito, que creía nociva y reprimió otros males, con mano enérgica.

A la sombra del Sr. Loza se formaron varios hombres notables del clero, entre ellos el actual Arzobispo de Monterrey, D. Francisco Melitón Vargas que fué Obispo de Puebla y los Obispos actuales de Querétaro, de Colima y de Tepic.

Hace poco tiempo, cuando sus males se acentuaron en sumo grado, obtuvo permiso para celebrar la misa en su oratorio particular y sentado. Esto último sólo puede hacerlo el Papa.

El Sr. Loza celebró su jubileo sacerdotal el 19 de Mayo de 1888.

Era el decano de los prelados mexicanos. Las últimas palabras que pronunció el señor Loza fueron: "Dios mío, te doy las gracias por todos tus beneficios" y luego, dirigiéndose al Padre Romo, su familiar, que se hallaba cerca, le ordenó le cambiase de postura para ver si así se sentía menos mal.

Inmediatamente, después que acció la defunción, se reunió el cabildo, que en casos como este, obra como si aún estuviera vivo el pastor, pues no se reputa la Sede vacante hasta que el cuerpo ha sido enterrado. Dióse cuenta del funesto acontecimiento al Visitador apóstolico, á los Obispos sufragáneos, á algunos ausentes y á personas prominentes de la ciudad.

Los seminaristas, cubiertos con manto y beca (arrastrando ésta en señal de duelo) empezaron á hacer guardia al pié del cadáver.

Desde las diez y treinta minutos de la noche empezaron á darse en todas las iglesias de la ciudad las campanadas llamadas de vacante y continuando cada cuarto de hora durante el día 16.

El tiempo que el Sr. Loza duró al frente de los negocios eclesiásticos de Archidiócesis fué de treinta años, pues fué trasladado de la Diócesis de Sonora en principios de 1868.

Es el prelado que por más tiempo ha servido la silla jalisciense, excediendo aún al benemérito Obispo Cabañas, que sólo duró veintiocho años.

La Iglesia del Santo Sepulcro

EN JERUSALEM

El año de 7 la ciudad Santa fué tomada y destruida por Tito; pero los judíos la reconstruyeron en parte y vivieron en ella con los cristianos hasta el año de 134.

Habiéndose insurreccionado dos veces contra el Imperio los judíos, Adriano los expulsó y arrasó de nuevo su capital. Tres años después fué reconstruida Jerusalem y bautizada con el nombre de Aelia Capitolina; los lugares santos se consagraron al culto del paganismo Júpiter fué adorado en el Sepulcro de Jesucristo, y Venus en el Calvario.

En 327, Elena, madre del Emperador Constantino, visitó Jerusalem, emprendió excavaciones de investigación, y según las tradiciones encontró la Cruz en que murió Jesucristo.

A ella se debe la construcción de la Iglesia del Santo Sepulcro bajo la que se abrigan el lugar de pasión y la cripta en que fué enterrado el cuerpo del Salvador.

El Santo sepulcro no se parece actualmente al edificio primitivo; de éste sólo quedan los muros inferiores del ábside; en el centro está la gruta donde según la tradición fué enterrado Jesús. El primer templo, que comprendía un hemiciclo con pórtico y una basílica, fué completamente destruido por Cosroes II, rey de los persas, el año de 614.

Poco tiempo después, Modesto, superior del convento de Teodosia emprendió la reparación de este edificio, ayudado por el Patriarca de Alejandría, convirtiéndose entonces el hemiciclo de Constantino en una especie de rotonda. Durante los siglos XI y XII se emprendieron obras considerables en el santuario de la cristiandad: los cruzados le añadieron un ábside y una nave y repararon la capilla construida en el siglo VII, bajo la cual se halla la cisterna en donde Elena descubrió el madero de la Santa Cruz.

La rotonda es la parte más importante de las construcciones hechas durante el siglo XI y que se atribuyen á María, madre de Hakeem: cubría esa rotonda un cono truncado, de cedro, por cuya abertura superior penetraban el aire y la luz.

El sire de Caumont describe así la Iglesia del Santo Sepulcro en su *Viaje de Ultramar* del año 1418: "Es muy grande y bella y está construida de una manera extraña; tiene un hermoso y alto campanario de piedra, pero no hay ni una sola campana porque los sarracenos no lo permiten". este campanario fué obra de los cruzados y todavía existen los cuerpos inferiores.

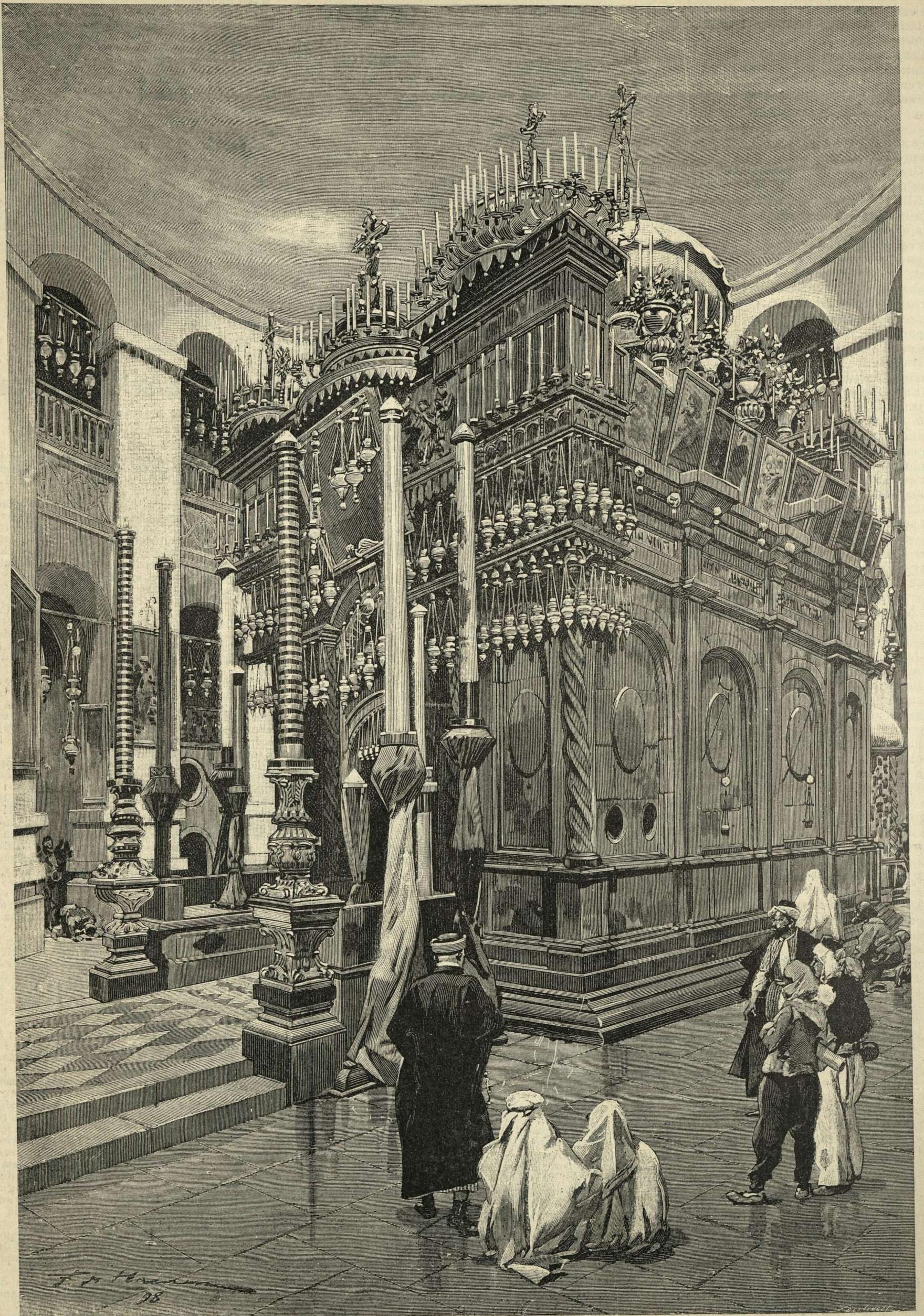
Con relación al suelo de la colina, el interior forma realmente una especie de cripta, en medio de la cual está la roca que contenía el sepulcro de Cristo. Se ha excavado alrededor dejando el bloque de piedra como un testigo, dice Vollet le-Duc. De este modo se puede circular en la gruta venerada.

Durante la edad media, se construyeron algunos edificios religiosos según el modelo del Santo Sepulcro: la Iglesia de San Benigno de Dijon, de los primeros años del siglo XI, la *Newy Saint Sepulcre*, fundada en 1045 en las posesiones de un señor que había hecho una peregrinación á la tierra Santa. Esta Iglesia fué muy venerada, y en 1257 el Cardenal de Chateauroux envió al capítulo de *Newy* un fragmento de la tumba de Jesucristo y algunas gotas de su sangre: se colocaron estas reliquias en la rotonda construida á imitación de la de Jerusalem.

Hay otras muchas imitaciones por el estilo que aún permanecen en pié: el edículo de la sala capitular del claustro de Constanza y capillas de los templarios; como las de Metz y Laon.

El respeto por el Santo Sepulcro y por los demás lugares consagrados en los misterios cristianos es general en todas las confesiones y si los occidentales han emprendido en todo tiempo peregrinaciones religiosas y guerras seculares contra los sarracenos para restaurar la tumba de Jesucristo, es de observarse como fenómeno curioso la actitud de los musulmanes.

No han destruido el santuario y aún en las épocas en que vejaban á los cristianos peregrinos, su *fero-*



JERUSALEM.—La Iglesia del Santo Sepulcro, Rotonda Central

ciudad no llegó hasta profanar aquel lugar de universal veneración.

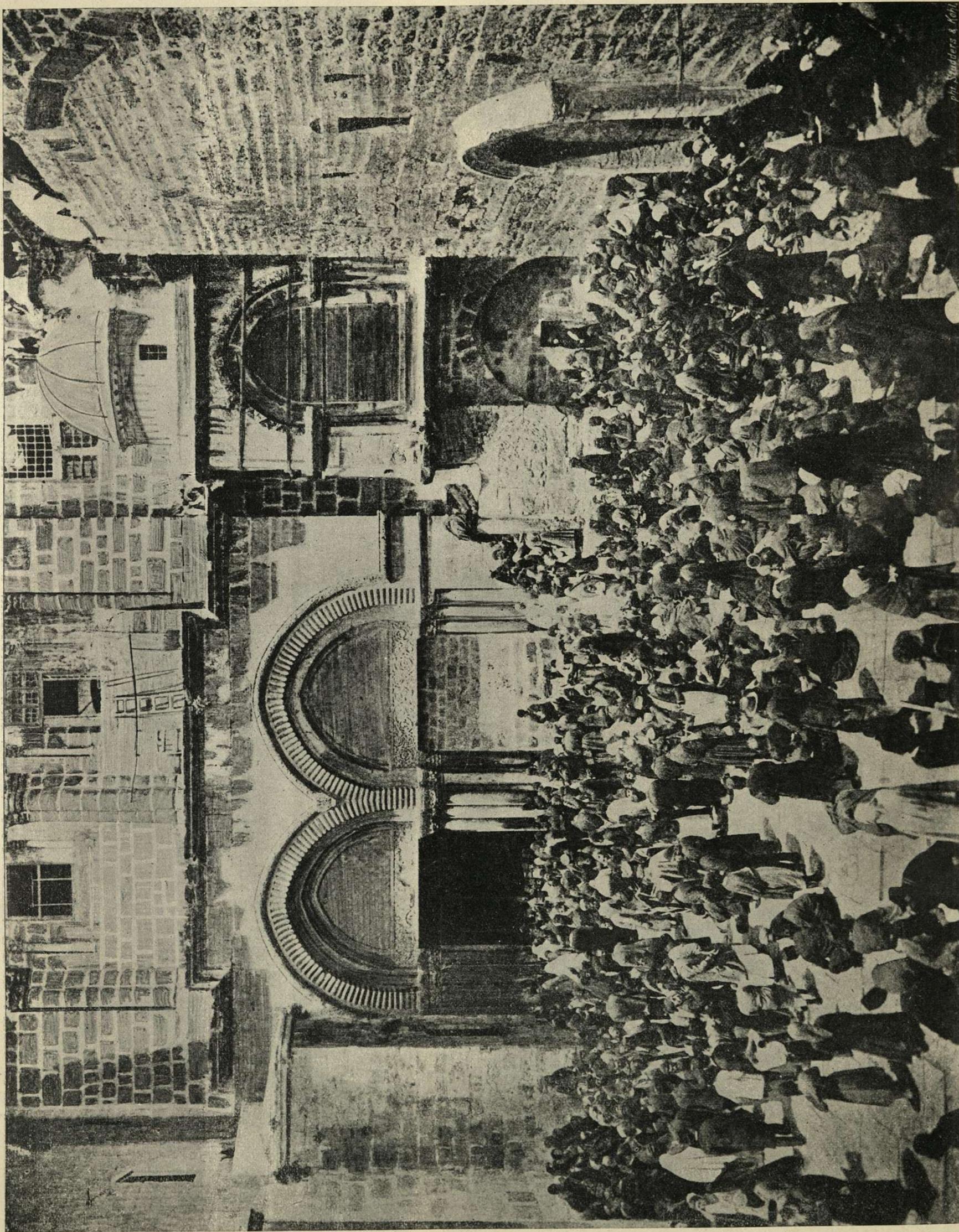
"Sin los turcos, dice un autor católico, este sepulcro que se han disputado los griegos y los católicos y las innumerables ramificaciones de la idea cristiana, hubiera sido ya cien veces un objeto de lucha entre esas comuniones rencorosas y rivales; hubiera ido pasando exclusivamente de una á otra y sin duda habría

el único pueblo tolerante. Pregúntense de buena fe los cristianos qué hubieran hecho si los azares de la guerra hubieran hecho caer bajo su dominio la Meca: ¿dirigirían á los turcos acudir de todas partes á venerar en paz los monumentos conservados del islamismo?.....

**

En su estado actual, la iglesia del santo sepulcro,

mundo. Allí se eleva el edículo del Santo Sepulcro, reconstruido á principios del siglo por un arquitecto europeo. Mide 8 metros de longitud por 5 y medio de altura y desaparece bajo los *ex voto*, lámparas, vasos é imágenes que cubren su arquitectura. Entre los pilares del circuito se abren profundas capillas, destinadas á los diversos misterios de la pasión de Cristo;



El viaje del Emperador Guillermo á Palestina. La multitud dirigiéndose á la iglesia del Santo Sepulcro.

ido inaccesible á los enemigos de la comunión triunfante "

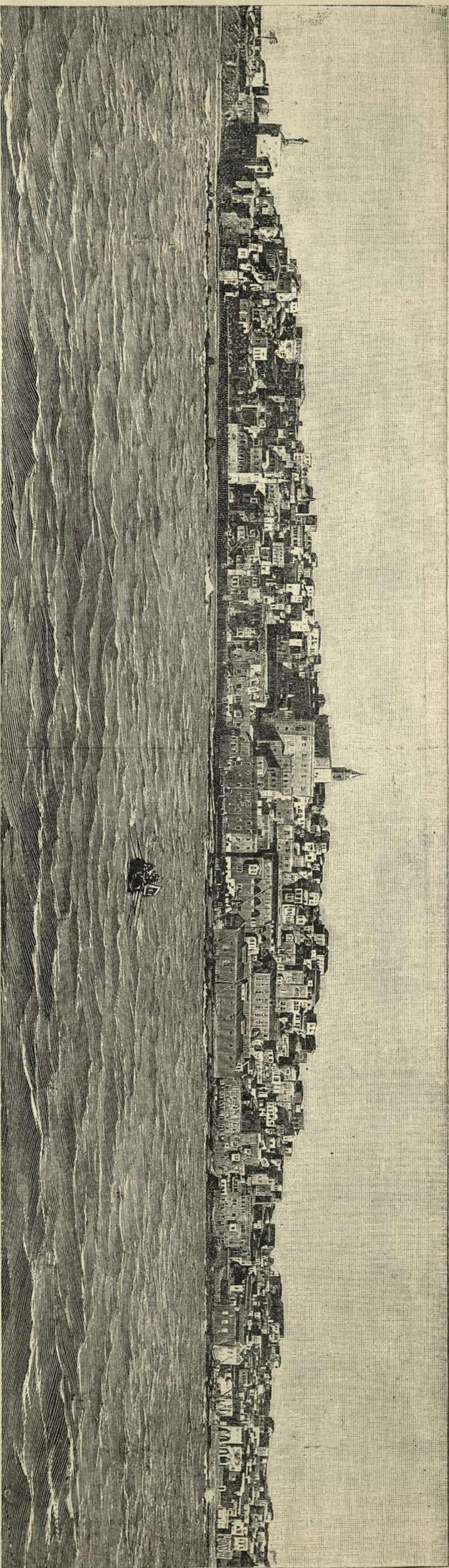
"La supuesta intolerancia brutal de que acusan á los turcos, no se manifiesta más que con la tolerancia y el respeto á todo lo que veneran los otros hombres. Siempre que el musulmán vé la idea de Dios en el pensamiento de sus hermanos, se inclina respetuoso: cree que la idea santifica la forma y es, en realidad,

con su mole bizantina y su decorado griego, gótico y arábigo y hasta con las desgarraduras que marcan las huellas del tiempo y de la barbarie, no causa la impresión de una idea mal expresada, de un gran recuerdo profanado: al contrario todos encuentran en el exterior lo que esperaban ver.

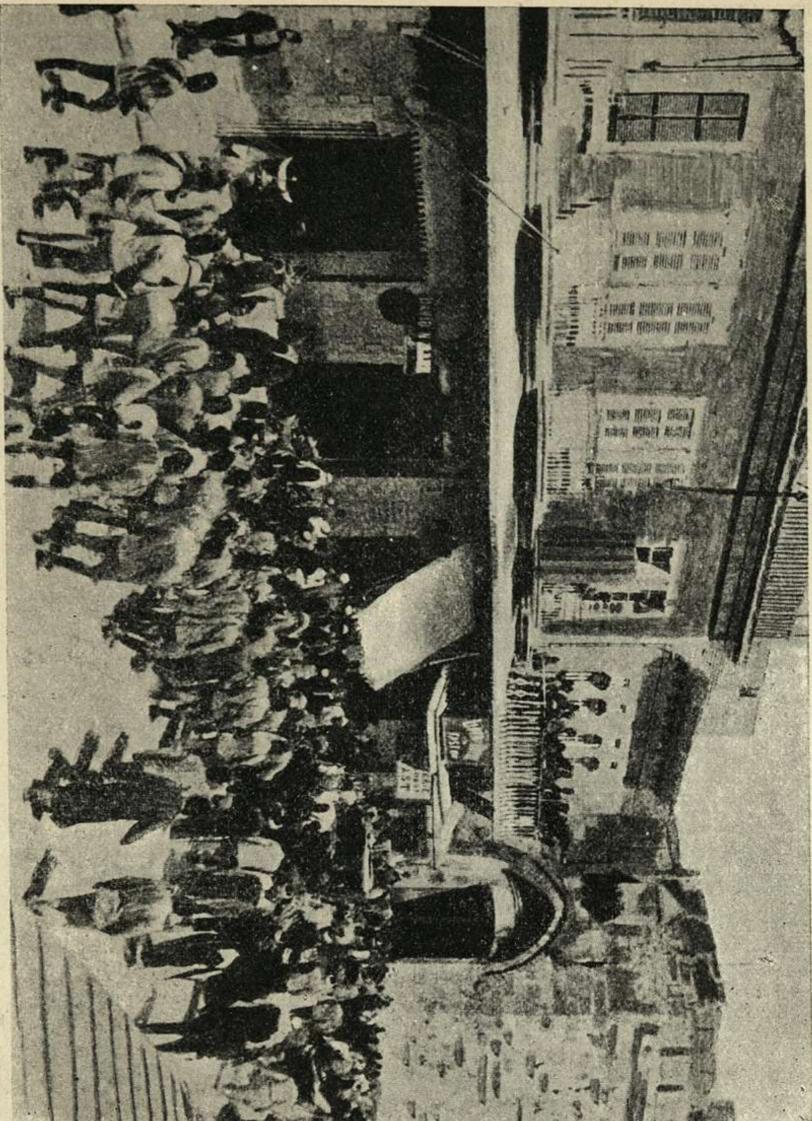
Al fin del vestibulo está la ancha cúpula, cuyo centro dicen las tradiciones locales, que es el centro del

todas encierran testimonios de las escenas de la Redención.

El monumento principal está dividido en dos santuarios: en el primero se halla la piedra sobre la cual estaban sentados los ángeles cuando dijeron á las piadosas mujeres que buscaban á Jesucristo. "Ya no está aquí, ha resucitado; el segundo santuario encierra el sepulcro, cubierto de una especie de sarcófago de



El viaje del Emperador de Alemania. Frente al Puerto de Jaffa



Puerta de Jaffa en Jerusalem el día de la entrada del Emperador.

mármol blanco que rodea y oculta enteramente á la vista la roca primitiva.
 Hay lámparas de oro y plata, cirios y pebeteros que arden eternamente en aquel lugar consagrado por toda la humanidad.

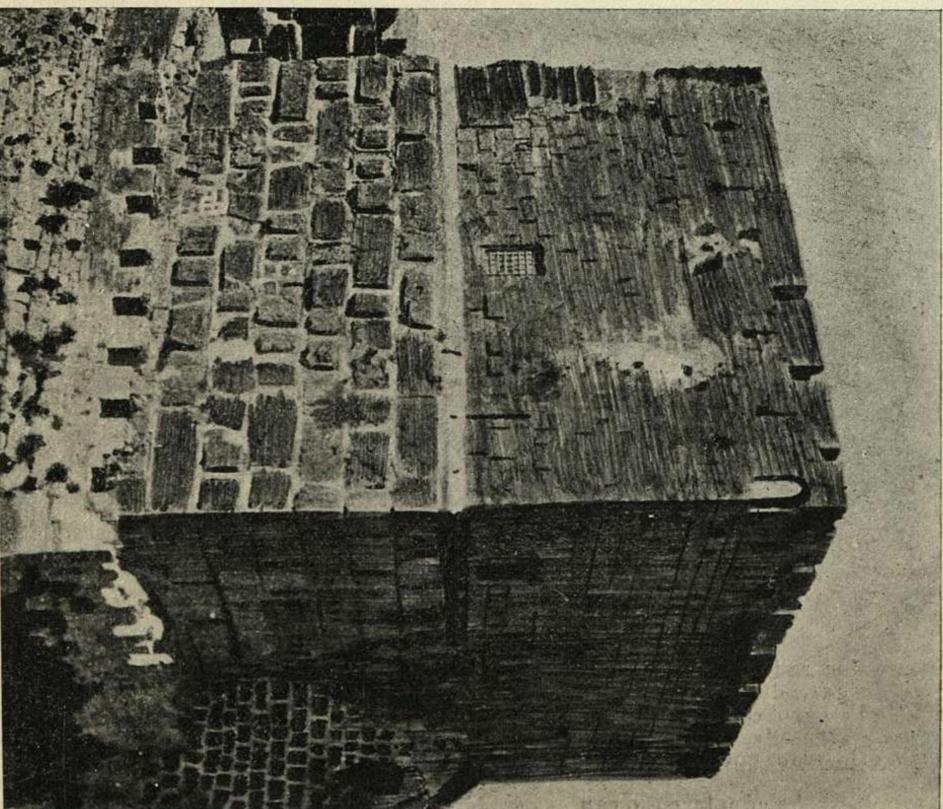
**A PROPOSITO DEL VIAJE
 DE LOS SOBERANOS ALEMANES
 A PALESTINA.**

El viaje de los soberanos alemanes á Palestina está atrayendo fuertemente la atención del mundo civilizado hacia la Tierra Santa, esa tierra que fué teatro de la más grandiosa tragedia que han visto los tiempos y por la cual tanta sangre fué derramada en la época lírica de las Cruzadas.

La visita de un soberano europeo y cristiano á Jerusalem, no es ni mucho menos, un acontecimiento insólito, porque en diversas épocas y con diversos móviles la vieja ciudad judía ha albergado coronas que ostentan cruz. Lo que de particular tiene el viaje de Guillermo II consiste en que éste no va sólo con el carácter de creyente y de jefe de Estado, sino también con el de sumo sacerdote de una secta cristiana. Los protestantes alemanes están de plácemes, pues hasta hoy la influencia cristiana en Tierra Santa, estaba compartida entre los católicos romanos y los ortodoxos griegos, sin que los protestantes figurasen allí sino representados por pequeños grupos de americanos del Norte é ingleses que celebraban sus oficios periódicamente tan sólo y en altares improvisados.

Mas hoy con la solemne dedicación de la iglesia del Redentor, ya queda establecido el protestantismo en Jerusalem y comparte con las otras confesiones cristianas el culto al Hombre-Dios en los mismos sitios en que efectuó su sublime sacrificio.

Por tal motivo los periódicos alemanes hacen ca- lurosos elogios del Emperador y lo felicitan por lo que ellos reputan un triunfo brillante del protestantismo.



La Torre de David en el muro de Jerusalem.

La atención de los pueblos llevada así á Jerusalem, ha despertado el estímulo de numerosos fotógrafos que se han dedicado á tomar vistas novísimas de los Santos Lugares y hoy podemos ofrecer á nuestros lectores las últimas que se han hecho.

Una de ellas representa el puerto de Jaffa visto desde el mar. Jaffa es el puerto de Jerusalem y en él desembarcan la mayor parte de los turistas que visitan año por año y á millares la ciudad de Sion.

Entrase á Jerusalem por la puerta de Jaffa, llamada así por desembocar al camino que á esta población conduce. Dicha puerta forma parte de los viejos muros de Jerusalem, hoy casi derruidos, que nuestros lectores podrán ver en el correspondiente grabado.

La otra fotografía representa la Torre de David, de viejo abelengo bíblico.

Si estas ruinas acusan altamente, abandono y desi-

dia, hállase grata compensación en el cuidado y lujo que las diversas confesiones cristianas han desplegado en otros lugares que evocan muy directamente la vida de Cristo, sobre todo, en la iglesia del Santo Sepulcro.

Esta, en lo exterior, no presenta un aspecto grandioso ni es obra genuina de ninguno de esos clásicos estilos arquitecturales que arrancan admiración y respeto. Es mas bien un compuesto de numerosas capillas de distintos tamaños que están de tal suerte agrupadas que no es posible distinguir ni apreciar la construcción principal, y apenas se advierte el portal de la fachada y la cúpula que lo corona.

No se nota que está sobre una roca, por la extraordinaria abundancia de las construcciones más heterogéneas que la rodean, y sólo si se quiere llegar hasta el lugar en que fué encontrada la cruz, se comprende, por el cansancio que se experimenta, que sin

advertirlo, se ha ascendido á una regular altura. El Gólgota está cubierto por dos capillas bajas, de la que una encierra el agujero de la roca en que se dice estuvo clavada la cruz, y que hoy está adornado de nobles metales. La otra capilla señala el lugar en que Jesucristo fué enclavado en la cruz. En ambas capillas, como en casi todas las dependencias del Santo Sepulcro, el oro y la plata se ostentan con inaudita munificencia.

Estas dependencias se encuentran en poder de los diversos cleros cristianos y están escrupulosamente repartidas y garantizadas por un destacamento de soldados turcos que cuida de que los respectivos derechos sean respetados.

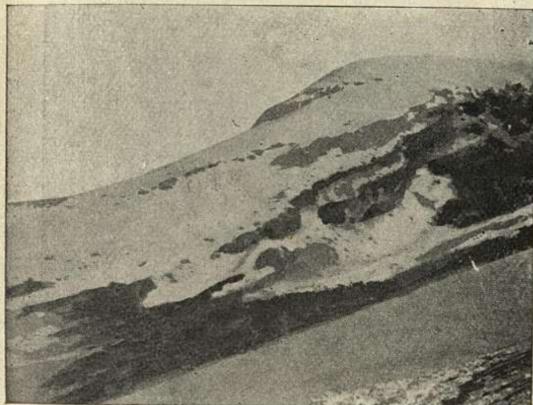
Cerca del Santo Sepulcro se encuentra el *catholikon*, la fastuosa catedral griega, en la cual, según una leyenda muy antigua, debe encontrarse el centro del mundo.

ASCENSION AL IXTACIHUATL.

(FOTOGRAFÍAS DE ORDÓÑEZ Y BOESE.)

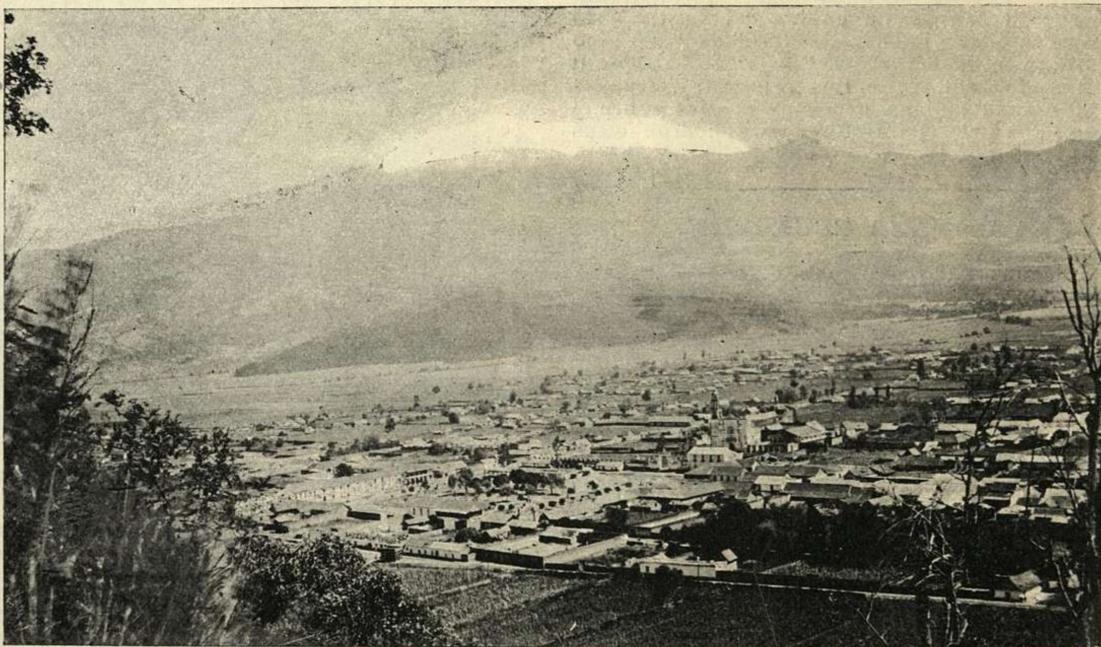
Entre nosotros es poco cultivado el alpinismo y desconocemos quizá la pasión que en Europa tienen los *amateurs* por ese *sport* que día á día cobra mayor vigor.

Una excursión á las grandes montañas de nuestro país es casi un suceso y las pocas de que tenemos no-



Ixtacihuatl.—“La Panza.”

ticia las han realizado excursionistas extranjeros. Los días 1.º y 2.º del corriente fueron dedicados por los señores D. Ezequiel Ordóñez y D. E. Böse para emprender una ascensión al Ixtacihuatl. La tarea se



El Ixtacihuatl visto desde Amecameca.

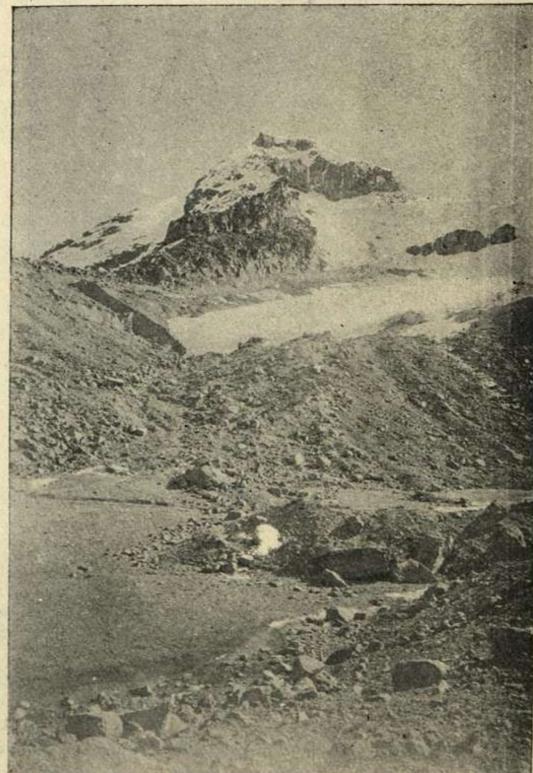


Los Sres. Ordóñez y Boese en el límite de las nieves perpetuas.

presentaba difícil por lo penosa y, sin embargo fué llevada á cabo con todo éxito.

Desde que Mr. White House, Attaché de la legación inglesa en México, y un alemán ascendieron, hace ocho años hasta el cráter del hermoso volcán, no habíase registrado una nueva y formal ascensión como la que practicaron los señores Ordóñez y Böse. Ocho horas emplearon estos caballeros para llegar á la altura de cinco mil doscientos ochenta metros que tiene el Ixtacihuatl, y hora y cuarto solamente para efectuar el descenso. El camino escogido fué la superficie ondulada comprendida entre “La Panza” y un picacho inmediato á “Los Piés” del Ixtacihuatl ó sea la parte superior del ventisquero que llaman Ayolotcotl.

Siguió el ascenso; después de recorrer 600 metros en fuerte pendiente, los excursionistas atravesaron el Canchal que está al Srr del citado ventisquero. Las precauciones para salvar las numerosas grietas cubiertas de nieve se multiplican. los planos inclinados de la montaña se presentan lisos y también cubiertos de nieve haciendo más penoso el ascenso; se forman escalones entre el hielo y se sigue encumbrando. A cierta altura se percibe un olor desagradable que persiste hasta arribar al portezuelo que une “La Panza” á “Los Piés” de la hermosa nevada á Mole. Desde aquí pueden admirarse las bellezas de los Valles de México y Puebla, aquél al Oeste y al Oriente el segundo, cuyo horizonte está limitado por un cerco de montañas entre las que se destaca la nevada cúspide del Pico de Orizaba; por el lado de México la vista se detiene en la cordillera de montañas y allá á lo lejos la serranía de Las Cruces y el



Ixtacihuatl.—“La Cabeza” y Ventisquero de Ayolotepito.

Nevado de Toluca. ¡Precioso é imponente espectáculo de la Naturaleza!

Sólo una voluntad firme y el deliberado propósito de no retroceder pueden salvar los obstáculos materiales de que está sembrada la peligrosa ruta que lleva á la cumbre.

“La Panza” del Ixtacihuatl es la parte culminante de la montaña y se compone de tres cimas poco salientes que se elevan algunos metros sobre una superficie casi plana y cubierta de nieve. Los geólogos señores Ordóñez y Böse contemplaron desde ahí el panorama de los Valles y cordilleras que se perdían en el espacio que dominaban; habían logrado llegar

MEXICO MODERNO.

FOTOGRAFIAS DIRECTAS PARA «EL MUNDO.»



Ixtacihuatl.—Ventisquero de "Ayolocotl" ó "Porfirio Díaz"

sin novedad á la meta á donde pocos, uno solo quizá han arribado.

El descenso fué más rápido, como queda indicado; los excursionistas bajaron algunas rampas sentados sobre la nieve, sirviéndose de los gruesos bastones á guisa de timón; visitaron además, los ventisqueros de las montañas y estudiaron las faldas occidentales. Nuestros grabados dan una idea del ventisquero de Ayolocotl ó Porfirio Díaz de "La Panza" del Pico de medio día de la misma "Panza," de la "Cabeza" y de el Ventisquero de Ayolotepito. Los trajes que usaron los exploradores son de lana gruesa y medias sobre el pantalón; en las ropas interiores se aplicaron otros abrigos también de lana.

UNA HAZAÑA ECUESTRE.

Muchos hombres ha habido para quienes el caballo llegó á ser un instrumento sin voluntad ni instinto, del que se sirvieron para hacer lo que buenamente les venia á las mientes. Fácil es comprender cuánta constancia y cuánta sangre fría debieron emplear para obtener un dominio tan completo sobre el bruto.

Uno de los hombres que más se dedicaron al cultivo de la equitación en sus más audaces manifestaciones, ha sido el general de caballería del ejército alemán, von Rosenberg, ex-coronel del célebre regimiento de húsares de Ziten, y que hoy vive en Rathenow, retirado del servicio á causa de su avandisima edad.



Las hazañas ecuestres del general von Rosenberg, entusiasmaron en sumo grado á muchos oficiales alemanes y se resolvió fundar una alta escuela de equitación, dedicada exclusivamente al estudio y cultivo de los más audaces ejercicios ecuestres.

Hace dos años y á imitación de la alemana, fundóse una escuela semejante en el ejército italiano, que ha dado magníficos resultados y en la cual se efectúa constantemente toda clase de ejercicios ecuestres de los que exigen más audacia y más temeridad, tales como carreras con grandes obstáculos, carreras en terrenos pantanosos, en toda estación del año, sobre la nieve, atravesando ríos, etc., etc.

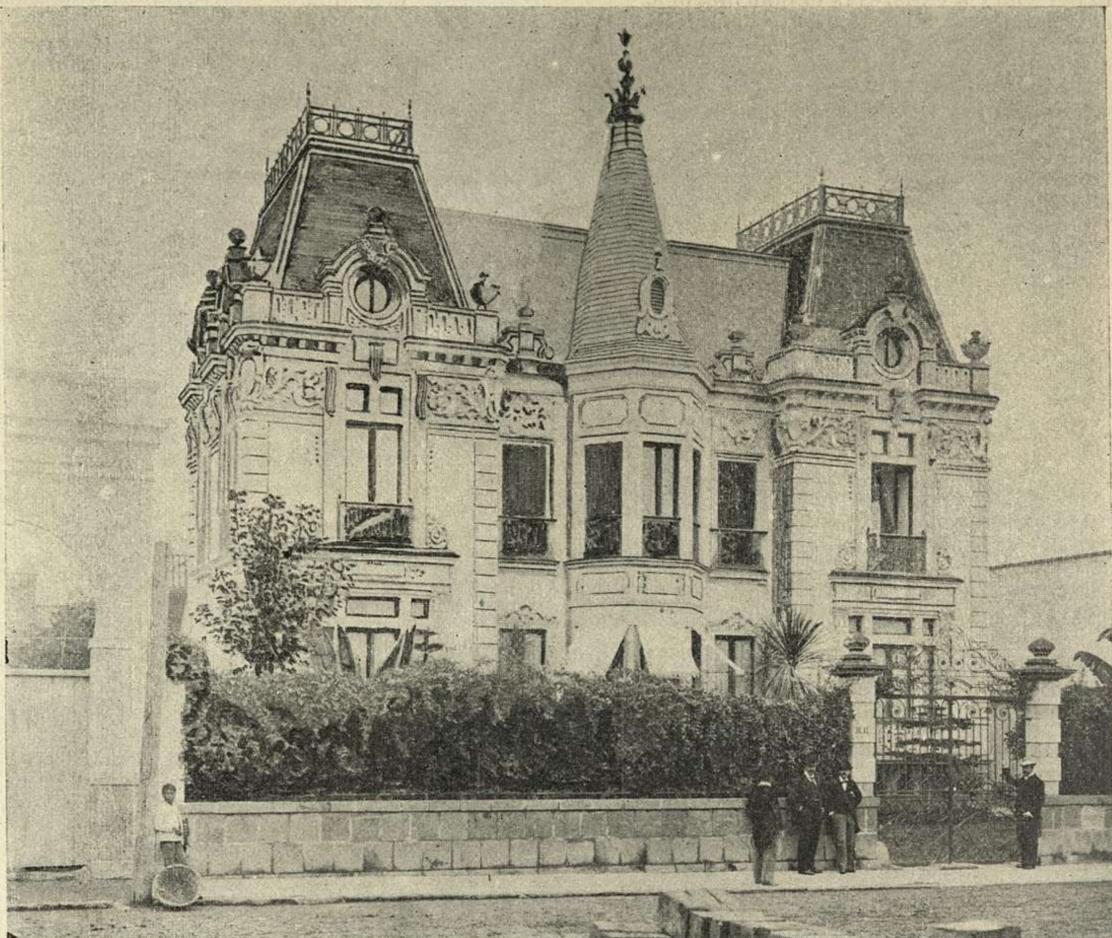
Una hazaña verdaderamente sorprendente, es la que representa nuestro grabado, tomada de una fotografía instantánea, y que se efectúa en la mencionada escuela italiana de *Tor di Quinto* por algunos jóvenes oficiales.

Consiste el ejercicio en descender, ó resbalar mejor dicho, á lo largo de una alta roca ó pared casi perpendicular sobre el suelo.

Necesítase para efectuarla además de valor, sangre fría y dominio completo, una vista muy precisa y una sensibilidad exquisita para poder guardar el equilibrio.

Hay que advertir que el italiano no es pueblo ecuestre, por lo que tal hazaña es mucho más meritoria.

En México mismo, no obstante nuestra merecida fama de ginetes, no creemos que haya quien ejecute el ejercicio que presentamos en nuestro grabado.



Casa del Sr. Ingeniero Don Alberto Best, en la 1ª calle de Viena.

Iniciamos hoy la publicación de una serie de vistas tomadas por nuestros fotógrafos y que servirán para dar á conocer un aspecto interesante de los progresos materiales realizados últimamente en esta capital.

Contrastando con el caracter severo y triste de las antiguas construcciones, las de los barrios nuevos presentan toda la variedad y el cosmopolitismo de las ciudades modernas.

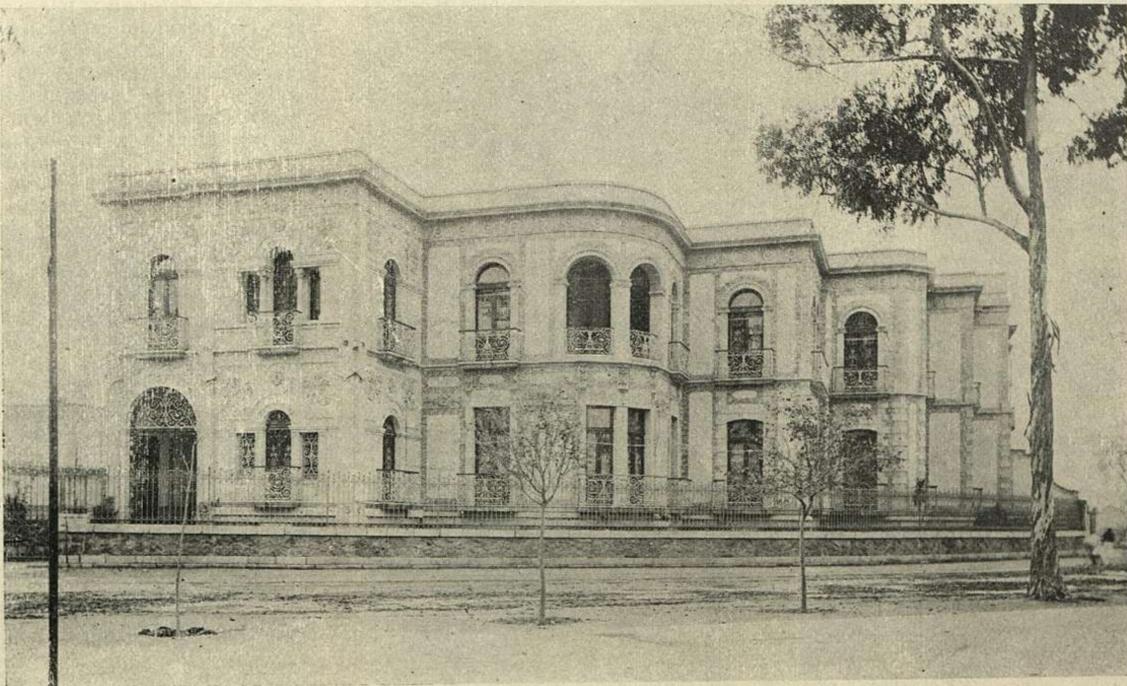
Esta variedad de las nuevas fincas nos servirá precisamente para dar á esta sección un interés que unido á su importancia como dato instructivo, hace más grata la tarea de presentar á nuestros lectores la colección del "México Moderno."

La Casa del Sr. Salcido fué edificada en un año escaso, utilizándose en ella los mejores materiales de

construcción y ornato. Los techos son de acero imitando estuco y las puertas y ventanas de roble americano delicadamente tallado por operarios del país.

La casa del señor Ingeniero Don Alberto Best fué proyectada por el mismo señor que es como se sabe uno de los arquitectos más competentes y de un gusto exquisito. Todas las obras del señor Best le han valido grandes y muy justos elogios.

La casa á que se refieren estas líneas es de estilo francés, la distribución de los departamentos corresponde á las exigencias del gusto y del moderno confort y su decorado es á la vez que sobrio elegantísimo. El exterior tiene detalles de ornamentación de una belleza delicadísima que realzan el magnífico conjunto.



Casa del Sr. Don Rafael Salcido, en la Glorieta de Cuauhtemoc

PENSAMIENTOS.

Un reporter: bicicleta de carne y hueso que corre el record de la información.

Delaforest.

El juego concilia el instinto de pereza y la codicia.

Doumic.

Hay siempre algo de historia en la leyenda y mucho de leyenda en la historia.

Valtour.

Siempre debemos tener en cuenta la opinión de los demás, sobre todo cuando es necia.

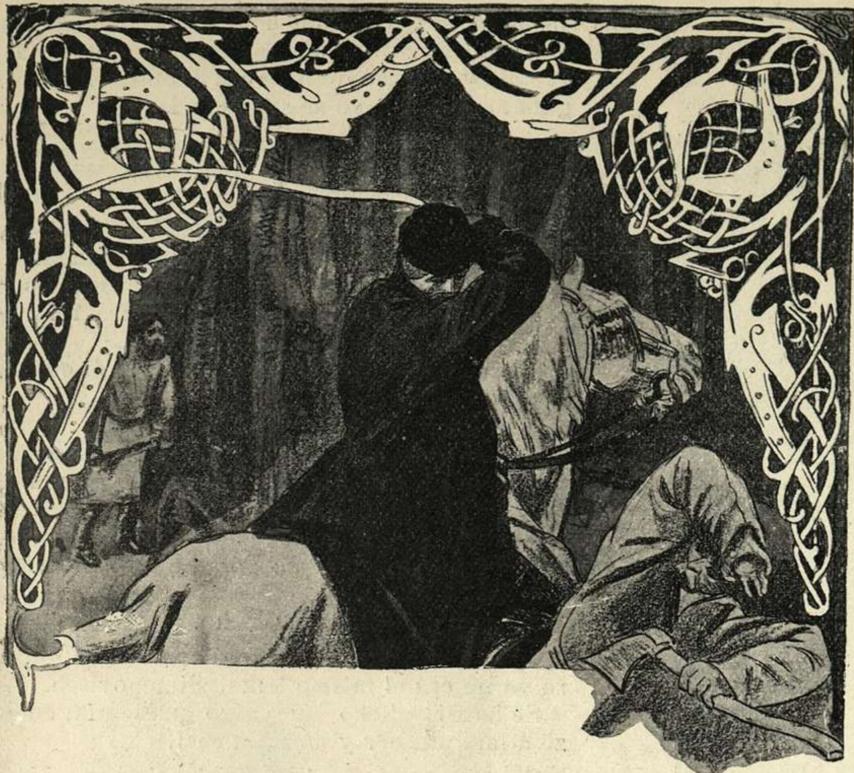
Delpit

Esclavos del ensueño, miramos constantemente el horizonte, esperando que llegue algo que no sabemos qué es.

de Vogüe.

Todo es historia, aun las novelas.

Jorje Sand.



EL CIRIO.

Se os ha dicho siempre: "Ojo por ojo y diente por diente," y yo os digo: "Suirid sin oponer resistencia.",
San Mateo.

En aquellos tiempos, había señores de diversos sentimientos; unos tenían presente que algún día habían de morir y que existe Dios y que no habían de hacer mal á los demás hombres, pero otros eran despiadados é inhumanos. ¡Dios sea con ellos misericordioso! Pero lo que había de peor entre los peores, era los que primeramente fueron siervos, y que salidos del lodo, se llegaban á convertir en amos por una circunstancia cualquiera. Esos eran sobre todo los que hacían dura la vida de los pobres

* *

En un señorío, había cierto gerente á quien llamaban Mikhaíl Simenovitch. Los campesinos trabajaban en las tierras, que eran fértiles y extensas: corrientes de agua, praderas, selvas. . . . habría habido bastante para todos, para el señor y para los mugiks; pero el propietario puso un gerente, encargado ó capataz, escogido entre los domésticos de otra de sus propiedades.

Desde que llegó este sujeto, acaparó toda la autoridad y pesó con todo su peso sobre las espaldas de los pobres mugiks. Tenía familia: su mujer y dos hijas á las cuales había casado, y atesoraba ya mucho dinero. Habría podido vivir, y vivir sin pecar, pero era insaciable y estaba endurecido en el mal.

Comenzó por aumentar en más de lo razonable las tareas de los mugiks. Hizo construir hornos para la fabricación de tejas y ladrillos y vendía en provecho suyo los productos; entonces los mugiks fueron á Moscow á quejarse á su señor, pero nada lograron. El señor los despidió y dejó al otro que siguiera obrando á su antojo. Este supo que los mugiks habían acudido á presentar su queja, quiso naturalmente vengarse, y la vida de aquellos pobres campesinos se hizo más dura todavía. Entre ellos no faltaban hermanos falsos que denunciaron á sus camaradas, y así empezaron (cosa nunca vista!) á hacerse mal unos á otros. El pueblo entró en anarquía y esto aumentó la rabia del amo.

Mientras más corría el tiempo más se agravaba la situación, y se concluyó por considerar al gerente como á una bestia feroz. Cuando pasaba por la aldea escapaban de él como de un lobo, ó se ocultaban en cualquier parte para huir de su vista. El gerente crecía en odios al hacerse cargo del terror que inspiraba, y se propuso abrumar á la gente á fuerza de látigo y de trabajo.

Los mugiks sufrían. . . .

Llega á nacer la necesidad de que tales monstruos sean suprimidos. . . . los mugiks empezaron á hablar de hacer desaparecer al amo; se reunían en cualquier rincón apartado de la selva, y el más atrevido decía:

—Será posible que suframos por más tiempo al opresor? No es pecado matar á un hombre semejante.

Un día, hubo reunión en la espesura del bosque, antes de la Semana Santa; el gerente había

Así hablaba Wassili Minaev que era el más encarnizado de todos contra el gerente, porque se le azotaba todas las semanas y le habían quitado á su mujer para llevar a de cocinera á la casa de su amo.

Los mugiks estuvieron hablando, hasta que quedó cortada la plática por la llegada del gerente. Apareció á caballo y riñó á los obreros porque no podaban los árboles como á él le agradaba. Luego, entre el montón de ramas cortadas, descubrió un tilo pequeño.

—Yo no he mandado que se corten los tilos, dijo. ¿Quién ha hecho ésto? Confiesen, ó hago azotar á todo el mundo.

Inmediatamente se puso á buscar la hiler de tilos en que faltaba el cortado, y mientras lo hacía le denunciaron á Sidov. El gerente le dió de latigazos en la cara hasta bañarlo en sangre. Otro tanto hizo con Wassili bajo el pretexto de que su montón no era bastante grande, y se fué.

En la noche los campesinos se reunieron otra vez y Wassili habló de nuevo.

—Bueno; pues ustedes no son hombres sino gorriones. Ya íbamos á despacharlo, y llegado el momento, ni quien se moviera después de tanta charla. Es como cuando los gorriones conspiran contra el gavilán, llenan con sus cantos el aire y al venir él escoge al gorrión que le gusta y se lo lleva. Ese hombre, es hombre de carne como todos ustedes, y cuando no se quiere recular no se recula. En el momento en que dió los latigazos á Sidov, debimos habernos aproximado y acabarlo de una vez. Pero ustedes. . . nada de cobardía, nada de defección. . . . y cuando llegó todos bajaron la cabeza.

Las conjuraciones se renovaron más y más cada día y los mugiks juraron deshacerse del gerente. Este ordenó que no se suspendieran las labores durante las fiestas de la Pascua, y semejante disposición acabó de exaltar el ánimo de los campesinos que se juntaron el domingo de Pasión y tornaron á deliberar.

—Puesto que hasta de Dios se ha olvidado, lo mejor es matarle, decían, y pecaremos si no le matamos.

Pedro Mikhev vino también. Este Pedro Mikhev era un hombre tímido que no gustaba de entrar en las discusiones: sin embargo, dijo:

—Es un gran pecado, hermanos míos, el que ustedes meditan. Perder uno su alma es cosa muy grave y es mucho más fácil dejar que otro por propia voluntad pierda la suya. ¿Que obra mal? El mal en definitiva será para él! Es mejor soporarlo, hermanos míos.

Wassili se indignó al oír estas palabras.

—Siempre éste repite las mismas cosas, dijo. Que es pecado matar á un hombre! Bueno, eso es cierto, tratándose de un hombre pero de un perro como el gerente? Dios mismo lo quiere. Hay que matar á los perros rabiosos si se tiene compasión y amor por los demás hombres. Pecado más grande sería dejarle que siga viviendo. Y nosotros, si nos toca ser castigados aquí ó en la otra vida por esa muerte, siquiera habremos libertado á los demás y nos quedarán reconocidos. Tú no dices más que tonterías Mikhev. Pues que ¿no es pecado más grande todavía que matarlo, el de

mandado á los mugiks á podar los árboles. Cuando llegó la hora de la comida, deliberaron.

—¿Cómo vivir ahora? se decían. Nos va á agotar hasta lo último. Ya estamos cansados, y no hay reposo ni de noche ni de día para nosotros ni para nuestras mujeres; y cuando no queda satisfecho, allá va el látigo. Simeón murió á latigazos, Amisin en el tormento. ¿Qué esperamos nosotros? Esta tarde va á venir y se dará gusto en nuestras espaldas como de costumbre. Con que lo derribemos del caballo y le demos un buen hachazo. es suficiente. Luego lo enterraremos como á un perro, y el agua correrá por encima. . . . sólo que cuidado, mucho cuidado y nada de defecciones.

trabajar durante la fiesta de Jesucristo? Tú mismo, te atreverías á ir á trabajar?

—¿Y por qué? Sisememanda, voy. No es para mí para quien trabajo, y Dios sabrá muy bien de quién es el pecado, y á nosotros sólo nos toca obrar bien. Yo no soy quien digo esto, hermanos míos, es el mismo Dios. Si él hubiera creído que se debe combatir el mal por el mal, lo habría proclamado en sus Evangelios. Matar á un hombre es ensangrentar uno su alma. Si creen ustedes que matando á un hombre malo suprimen de la tierra el mal, se equivocan; lo que harán es cargar su conciencia con un mal más grande. Soportemos la desgracia y será vencida.

* *

Después de esto, los mugiks no tomaron resolución alguna, pues sus opiniones quedaron divididas. Unos pensaban como Wassili y los otros se fueron del lado de Pedro para tener paciencia en vez de pecar.

El domingo de Pascua se dejó á los campesinos guardar la fiesta, pero por la tarde vino el estarosto (avisador) y les dijo:

—Mikhaíl Simenovitch ordena que mañana concorra al trabajo todo el mundo.

El estarosto recorrió toda la aldea repitiendo la orden, señalando para la labor á unos, las tierras colocadas en las riberas del río, y á otros, las que limitaba el gran camino.

Los mugiks lloraron, pero no se atrevieron á desobedecer.

Al día siguiente salieron con sus arados y se pusieron á trabajar, y cuando la campana mayor de la iglesia repicó llamando á misa y todos los cristianos concurren, los mugiks estaban bajando.

Mikhaíl Simenovitch, el gerente, se levantó bastante tarde y dió una vuelta por sus tierras. Su mujer y su hija la viuda, se vistieron, y un criado las llevó á misa en un carruaje pequeño. Cuando volvieron se preparó el samovar; y habiendo regresado también Mikhaíl Simenovitch se pusieron todos á tomar el té. Después del té, Mikhaíl encendió su pipa y mandó llamar al estarosto.

—Y bien: ¿instalaste en el trabajo á los mugiks?

—Sí.

—Todos concurren?

—Todos. Los llevé yo mismo.

—Y. . . . habrán trabajado? Anda á verlos y díles que yo iré después de comer: que hagan tarea completa, y muy bien hecha; y que si encuentro algo malo, no tomaré en cuenta la fiesta y castigaré.

—Está bien.

El estarosto iba á retirarse, cuando Mikhaíl lo llamó: quería añadir algo, pero sentía cierto embarazo y no sabía cómo empezar.

—He aquí de qué se trata, dijo al fin. Oye bien lo que esos bribones digan de mí, y me lo vienes á contar todo. Conozco bien á esa canalla: no querían trabajar, sino quedarse azosados sin hacer nada. Comer y asistir á la fiesta, eso es lo que les gusta y no piensan en el trabajo. Oye pues cuanto se charle, que tengo necesidad de saberlo, y al volver no me ocultes nada.

El estarosto montó inmediatamente á caballo y partió al campo á ver á los mugiks. La mujer del gerente que oyó la conversación, se aproximó para hacer á éste una súplica.

Era una mujer dulce y de buen corazón, y cuando podía, calmaba á su marido y defendía á los mugiks.

—Querido Michenka, le dijo. Por estegrandía, por la fiesta de Pascuas, por el santo amor de Nuestro Señor Jesucristo, no peques ni hagas pecar á los mugiks, obligándolos á trabajar.

—Bien se conoce que hace ya tiempo que el látigo no baila sobre tus espaldas, por lo atrevida que estás. Estos no son asuntos tuyos.

—Michenka, amigo mío. ¿Si vieras? He tenido un sueño, un mal sueño, referente á tí. Oyeme, por Dios! no hagas trabajar á los mugiks.

—Ya te dije que me parece que te sobra sangre y el látigo podía sacarte una poca. Cuidado! Cuidado!

Disgustado Simenovitch arrojó el fuego de su pipa en la boca de su mujer, la despidió y mandó servir la comida.

Le trajeron muchos platillos muy bien guisados, comió con gula, bebió sin freno, y luego llamó á la cocinera y la hizo cantar.

El estarosto regresó y dió su informe.

—Y bien ¿trabajan? ¿han concluido su tarea?

—Están á la mitad.



y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Luego volvió á su arado, hizo andar á su caballo y se puso de nuevo á cantar. El cirio seguía ardiendo y no se apaga todavía.

*
*
*

El gerente dejó de reír y quedó pensativo. Durante algunos minutos siguió así; luego despidió á la cocinera y al estarosto, pasó tras del cancel, se arrojó en su lecho y se puso á llorar y á gemir á gritos como una mujer.

Su esposa se acercó á consolarlo y él entonces le dijo solamente:

—Me ha vencido... me ha vencido...

—Ah! decía ella, déjalos en paz, otras cosas peores has hecho y no te ha entrado este miedo. ¿Por qué temes ahora?

—Soy perdido... me venció. Aléjate puesto que todavía no te he acogotado: esto no te concierne!

Y se quedó solo en su lecho.

Al día siguiente se levantó como siempre, pero ya no era el mismo Mikail Simenovitch.

Se habría dicho que algo presentía; comenzó á languidecer y no salía casi.

Su reinado no duró ya mucho tiempo. Un día vino el señor y se le informó que el gerente estaba enfermo, pero como en días posteriores hubo de averiguar que la tal enfermedad no era otra cosa que una perpetua borrachera, lo destituyó.

Entonces Mikhaíl Simenovitch se entregó á la ociosidad, se fastidió más aún, se volvió súcio, dilapidó toda su fortuna y cayó tan abajo, que se robaba las enaguas de su mujer para cambiarlas por aguardiente en la taberna.

Los mugiks mismos le compadecían, y algunas veces le daban qué beber.

Al cabo de un año murió, ahogado por el aguardiente.

LEON TOLSTOI.

—¿Bien trazada?
—Nada va mal. Tienen miedo.
—La tierra no está muy resistente?
—Se espolvorea como los granos de la adormidera.

El gerente guardó silencio unos minutos.

—¿Y qué se dice de mí? ¿se me insulta?

El estarosto callaba, Mikhaíl insistió.

—Dí, habla sin temor. No son tus palabras sino las tuyas las que vas á pronunciar. Si dices la verdad te recompensaré; si me ocultas algo te rajaré la piel á latigazos ó te cortaré la lengua con unas tijeras. Hé, Katucha, sírvele un vaso de aguardiente para darle valor.

La cocinera, que era una moza gallarda y linda, sirvió el aguardiente y el estarosto bebió pensando para sí.

—Bueno: puesto que quiere la verdad, se la diré:

Luego empezó.

—Se murmura, Mikhaíl Simenovitch, se murmura.

—Y sobre qué? Habla.

—Se dice que no crees en Dios.

El gerente se echó á reír.

—¿Y quién dice eso?

—Todos. Y se añade que comercias con el diablo.

El gerente rió más aún.

—Bueno. Pero veme dando detalles. ¿Qué dice Wassili?

El estarosto no era afecto á hablar mal de sus camaradas, pero estaba desde tiempo atrás encontrado con Wassili.

—Ese grita más que los otros.

—Pero qué dice? Repítelo.

—Me dá miedo. Dice que morirás impenitente.

—Ah! bravo! ¿y qué espera qué no me mata para que se realice su predicción? Ya le arreglaré sus cuentas sin que nada me quede á deber. Y Tichka, el muy perro, también habla así ¿no es cierto?

—Todos.

—Pero especifica.

—Es malo.

—¿Por qué? Armate de valor: habla!

—Dicen que estallarás por el vientre y que con tus intestinos se ahorcarán los condenados.

—Ya veremos cuales intestinos ven más pronto la luz del sol. ¿Quién ha dicho eso? ¿Tichka?

—Todos. Todos dicen denuestos y amenazas.

—Y Pedro Mikhelev ¿también amenaza y gruñe?.....

—No: Pedro Mikehelev no hace eso.

—¿Y qué hace?

—Es el único que no dice nada. Es extraño á todas las confabulaciones de sus compañeros. Le ví, y me causó una gran sorpresa verlo.

—Por qué?

—Todos los mugiks están asombrados.

—Pero ¿qué hace?

—Una cosa de todo punto extraordinaria. Cuando me le aproximé, trabajaba en un surco oblicuo cerca de Turkina y le oí cantar con una voz dulce y deliciosa. En el crucero del arado, ardía algo.

—¿Y qué era?

—Una cosa que resplandecía suavemente: ya muy cerca, observé que era un cirio de cinco kopecks, afirmado en el arado. El cirio arde y el viento no lo apaga. Pedro estaba con camisa muy limpia arando y cantando salmos. Da vuelta, remueve el arado, va, viene y el cirio ni disminuye de tamaño, ni de resplandor, ni se apaga.

—¿Y qué dijo?

—Nada. Pues que nos deseaba á tí y á mí felices pascuas, y siguió cantando.

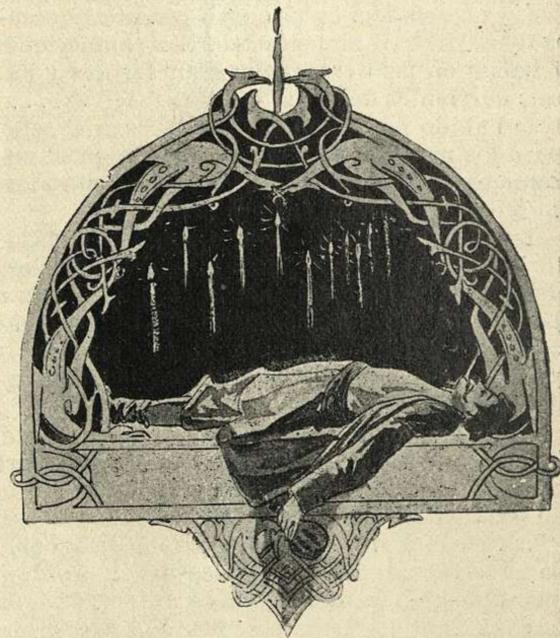
—Conversaste con él?

—No. Pero los mugiks se nos acercaron y dijeron burlándose:

—Por más que rece y cante el pobre Mikhev, su trabajo en la Semana Santa no le será perdonado.

—Y qué contestó?

—Una sola cosa: «Gloria á Dios en las alturas



LOTOS

Es tu niñez la que bañada en llanto
De tí se aleja para siempre. En tanto
La juventud, la maga cariñosa,
A quien siguen aligeros los sueños,
La edad en que abre su botón la rosa,
Ha llegado á tu puerta
Y al mundo del amor tu alma despierta.

De bellas flores cubi en tu sendero
Hadas benignas, y en tu casta frente,
Donde aun el beso maternal palpita,
Asoma sonriente
De la belleza el esplendor primero.

Dí, ¿qué mayor ventura
Tu alma, nacida para amar, anhela?
Ama, el amor nuestro existir consuela,
El nos levanta á la celeste altura
Y nos acerca á Dios! Coje la rosa
Con las perlas del alba humedecida:
Mira que es ¡ay! esa ilusión hermosa
La única flor de nuestra inútil vida....

FERNANGRANA.

LA CAMPANA DE ALARMA.

Mister Gualterio Flick era lo que se llama un hombre independiente. Lo que por alguna razón estaba prohibido hacer, eso hacía sobre todas las prohibiciones del mundo; apenas veía en los jardines el consabido anuncio: "se prohíbe cortar flores"... y ya tenía una de ellas en el ojo, costara lo que costara; en los teatros, jamás pudieron impedirle que fumara en plena sala, pues alegaba que, debido a la prohibición, allí era el único sitio en que sentía deseos de fumar. Además, Mr. Flick era muy nervioso, y por cualquiera cosa ya estaba fuera de sus casillas.



Pues bien, una tranquila noche de verano, Mr. Flick subió a un carro Pullman del express del Norte y se instaló en un departamento especial.

Iba pensando en cosas del todo indiferentes, cuando sus miradas fueron a fijarse por desgracia en una brillante agarradera de metal, sobre la que había un anuncio que con gruesos caracteres decía poco más o menos:

CAMPANA DE ALARMA.
SE PROHIBE BAJO PENAS SEVERAS, LLAMAR
SIN CAUSA JUSTIFICADA.

Mr. Flick leyó y releyó atentamente el peligroso aviso, y luego se puso a meditar, visiblemente arrancado a su anterior indiferencia dichosa. Por fin, se dio a monologar en voz alta con evidente excitación.



- Esa es la agarradera que sirve para hacer sonar la campana de alarma, y en todos los departamentos hay otra igual; yo las he visto y hasta he dormido tranquilamente cerca de ellas. Bueno ya está!

Y volviendo desdeñosamente la espalda, púsose a arreglar sus bultos, colocó la petaquilla de mano en la red, cambió su sombrero por una gorra de viaje, su americana por un batín, acomodóse en el acojinado asiento, siempre de espaldas a la agarradera, se abrigó los pies con un *plaid* y desplegó su periódico para llamar al sueño; pero todo en vano: le fué imposible encontrar interesantes las nuevas políticas, halló la bolsa muerta y el folletín detestable.

En cambio, la malhadada agarradera parecía llamarle suavemente:

-Pst! Pst!

Entonces Mr. Flick arrojó el periódico y se volvió para contemplar cara á cara la agarradera y, sobre todo, el anuncio.

-Pero, con mil diablos, ¿qué tiene de extraordinaria esta agarradera? Un trozo de cobre niquelado que por medio de una cuerda hace sonar una campana junto a la máquina para que en caso de peligro, se haga funcionar, el maquinista asustado cierre los frenos, invierta el vapor, el convoy se detenga, el conductor salte a tierra y vuele a visitar todos los compartimientos, despierte a los viajeros muertos de susto y... nada más!...

Y los ojos de Mr. Flick se clavaban con ira en el asa de metal. La muy socarrona parecía brillar más vivamente herida por los rayos de la lámpara; la luz hacía resaltar con una línea brillantísima y fascinadora la curva elegante, propia para hundirse en ella la mano entera y favorecer el esfuerzo desesperado del que llamara con angustia.

Desesperado Mr. Flick corrió la cortinilla que vela la luz para dormir; pero en la semi-obscuridad la malhadada agarradera fué lo único que siguió brillando sola, parecida a un cometa, como si se hubiese desprendido de su sitio y fuese a ponerse al alcance de la mano... Ante la inutilidad de la tentativa, Mr. Flick furioso se abalanzó a cubrir la mágica asa con el periódico, pero al hacerlo, sus dedos se adherían a ella y sentían contracciones extrañas, como para asirse y tirar de algo...

-Dios santo, gritó Mr. Flick con angustia, será preciso que tire yo de esto para tranquilizarme?

El infortunado Mr. Flick comenzaba a sentirse atacado del vértigo, comprendía que estaba poseído por la endemoniada agarradera y que al fin iba a llegar el momento en que, sin poderlo remediar, tendría que colgarse y tirar de ella a dos manos, con todas sus fuerzas desesperadamente, sin más motivo que aquel anuncio tonto, aquella prohibición estúpida que evidentemente podía ser violada.

Y para intimidarse, púsose a leer varias veces en voz bien alta el malhadado aviso.

Pero a la cuarta ó quinta declamación, el efecto fué contraproducente pues Mr. Flick, como respondiendo a una provocación, gritó:

-Y bien, ¿qué me importa un arresto ó una multa? ¡No puedo más!

Y trémulo, desatentado y febril, apoderóse de la agarradera, pero no llegó a llamar, detenido súbitamente por una imagen horrible.

Pensó que la detención inesperada de un expreso en una línea recorrida sin cesar por otros trenes rápidos, es casi siempre la causa de una colisión, y por su imaginación pasó en forma de suelto gacetilero el funesto resultado de su imprudencia: cuarenta muertos, cien ó doscientos heridos, dos locomotoras sumadas, una docena de coches convertidos en mermelada, muchos miles de pesos perdidos, veinte familias desamparadas... ¡Qué horror!

Los cabellos de Mr. Flick se erizaron.

-¡No jamás! -gritó enérgicamente - Pronto, algo que me distraiga... Y corriendo a la puerta del departamento vecino, llamó, primero con suavidad, luego más fuertemente.

- Señor, señor, ¿Qué tiene usted de nuevo, eh?

Pero sólo un enérgico juramento fué lo que obtuvo por respuesta en éste y en otros departamentos, donde dormían pasajeros que, molestados, lo enviaban al diablo con todas las más eficaces formas de la descortesía.

No pudiendo hallar quien le diese conversación, volvióse a su camarote y allí se entregó a cantar a voz en cuello aires zarzuelcos y sentimentalismos de ópera; después bailó y en seguida hizo gimnasia, resultando que cuando menos lo pensaba su mano fué a engancharse con la agarradera y á duras penas pudo soltarla sin llamar.

Decididamente ó llamo ó salto del cielo al suelo para librarme de esta maldita tentación. Y resuelto á lo segundo, dirigióse á la puerta, cuando un hombre desconocido apareció en ella.

-Qué felicidad, pensó Mr. Flick; un ladrón que me asalta y ya está justificada la detención. Y se abalanzó con frenesí á la agarradera; iba por fin á descansar; pero no pudo realizarlo: el hombre negro cogióle por la falda del saco y tranquilizándolo con franca sonrisa, pidióle finamente su billete.

-¡Qué desengaño: es un hombre honrado, murmu-

ró el infeliz Mr. Flick. El conductor en persona: ni modo de llamar.

Volvió á quedar solo frente á frente de la infernal agarradera; pero ya no trató de olvidarla, al contrario, paróse frente á ella, la tocó con ambas manos jugueteando y acariciándola como al gato favorito, é introdujo sus dedos en la asa para ver si habían á gusto. De pronto su paraguas cayó de la red en una brusca trepidación del convoy; inclinóse á recogerlo y sin detenerse más, lo colgó de la agarradera enganchándolo por el puño.

Esperó ansioso unos momentos, aplicando el oído; pero el tren no se detuvo; era que el paraguas pesaba muy poco y la campana no había sonado.

Entonces colgó también su maleta y luego su petaca de mano...

-¡Gran Dios! Un rechinamiento, un silbido, y tras muchos vaivenes y resoplidos, el tren comienza á detenerse y por fin se para. Mr. Flick palideció y se volvió violentamente al oír que abrían su puerta.

-¡Torreón, cinco minutos! gritó en las narices el empleado.

-¡Oh, dijo Mr. Flick, una estación, el tren se paró naturalmente y la campana no sonó. ¿Qué hacer?

El tren continuó su marcha y Mr. Flick volvió á su tarea de acariciar la agarradera.

De pronto se dió una palmada en la frente, había encontrado su idea salvadora: simple y sencillamente ahorcarse, colgándose de la agarradera; ni modo de castigarlo. Todo hombre es dueño de tener disgustos, desengaños, quebras y decidirse á cortar por lo sano, haciendo el gran viaje en tren expreso.

-Decididamente, me cuelgo de esto; la campana suena, el tren se detiene, acuden á descolgarme, y, si estoy vivo, ni quien se atreva á perseguirme en semejantes circunstancias. ¡Pobre hombre, dirán todos, cuánto sufrirá!

Y dicho y hecho, Mr. Flick hace un lazo con las correas de su maleta y pasándoselo al rededor del cuello, se sube á la banqueta más próxima, engancha la correa á la fatal agarradera y sintiéndose dichoso por dar fin á la estúpida obsesión que lo ha atormentado tantas horas, se suspende furiosamente con ánimo de ahorcarse de veras con tal de llamar.

Rac, rac, crac.....

-Es el ruido del freno que ya funciona, se dice Mr. Flick, con la cara amarillada y los ojos queriendo salirse de las órbitas.

Pero el ruido continúa indefinidamente; uno, dos, tres minutos, las orejas de Mr. Flick ya están ennegreciéndose y el tren no se detiene.

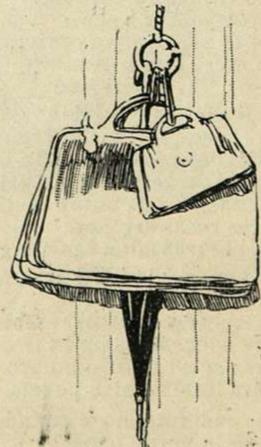
Mr. Flick procura ver al través del velo que cubre ya su vista, si la portezuela se abre, pero nada ve. Hace bruscos movimientos para ejercer más violento esfuerzo sobre la agarradera, mas el ruido sigue y el tren corre siempre velozmente.

-¡Ah, canalla agarradera, tú no funcionas estás inservible! gruñe medio sofocado Mr. Flick echándose ambas manos al cuello.

-Y por esta alhaja iba yo á ahorcarme; bueno, espérate, que te voy á justar las cuentas agarraderita de los mil diablos!

Y entonces, atravesando su bastón por el ojo, comenzó á tirar, torcer y palear á la tentadora con todas sus fuerzas, con rabia, desesperadamente, hasta que concluyó por arrancarla, torcida y abollada. Entonces la contempló con sonrisa de triunfo, dirigióle una mirada de reto y preñada de desdén al aviso, y guardándose la destrozada agarradera en la bolsa púsose á leer el antes despreciado periódico, advirtiéndose esta vez que en la Bolsa había febril animación, que la política seguía una marcha profundamente grave y que el folletín era delicioso, arrullador, tanto, que á los pocos minutos, Mr. Flick se hallaba sumergido en dulce y reparador sueño, no quedándole de su obsesión otra cosa que la desdeñosa é irónica sonrisa que vagaba por sus labios.

JUAN RAMEAU.



EL RITMO DEL TREN.

Decidido, las montañas
el resuelto tren perfora,
al redoble acompasado
de su marcha monofónica,
Obsesión de las retinas;
el telégrafo hecho combas,
cual pentágono colgante
en los aires se desdobra,
y á los pájaros sostienen
los alambres. como notas,
y componen himno alado
al progreso y á la gloria.
De los túneles sombríos
en las fauces cavernosas,
su trajín centuplicando
el furioso tren se arroja,
y promueve mil estruendos
que retumban en las bóvedas,
cientopiés de raudas ruedas
que se siguen como locas.
Cual tremenda *hacha cilíndrica*
la caldera sudorosa,
parte el viento en dos mitades
y valiente lo destroza:
y por él el tren se lanza,
con la crin rizada en ondas
y erizada de centellas
que rutilan en la sombra.
Sin palpar tajos ni riscos,
ni apartar velos ni frondas,
rasga, hiende, y de sí misma
huye en marcha voladora
Palpitando al ritmo bronco
de sus venas poderosas,
y crujiendo de sus músculos

la broncinea urdimbre tosca,
delirante por los campos
las distancias cruza y borra,
y sus alas circulares
van y van vertiginosas.
Ya á una curva prolongada,
docilísimo se amolda,
y el salvaje grito escupe
cual relincho de victoria;
ya en los frenos detenido
se descuelga por las rocas
como horripón culebra
de pupila audaz y roja.
Siempre el bronco golpeo
de sus impetus redobla
y hace burla de las alas,
de las flechas y las hondas.
Explosión de viva lumbre
su bandera tornasola,
y la llena de áureas chispas
como luz de su corona.
Es que llega al largo puente
que colgando se prolonga
sobre el río dilatado
de corriente caudalosa.
Ya si bando lo estremece,
ya sacude sus argollas,
ya volando se columpia
en la trama de su comba
Crujen hierros y engranajes,
retumbando el puente flota
y el prodigio pasa, y ciega
con su luz y con su gloria!

SALVADOR RUEDA.



MI CARTA.

... Y la cierro; y en el sobre
donde la guardo, sonriendo,
escribo estas dulces frases:
"En su país, á mi dueño."
Y después, enternecida,
la miro, le doy un beso,
la pongo en mi alma un instante...
¡y se la doy al cartero!
—¡Llevala, le digo al punto,
llevala con todo empeño,
y cuidad que en los caminos
no os la arrebaten los vientos;
si está serena la tarde
veloz cruzad los senderos,
no os detengais en las ventas
para pedir vino añejo,
que pueden correr las horas
charlando con el ventero;
¡ved mi congoja, mi angustia!
¡seguid de prisa. os lo ruego!
Pasad sin temor los vados,
subid las cuestas ligero,
no descanséis á la orilla
de los claros arroyuelos;
y si al cruzar por el bosque
os sorprende el aguacero,
entonces... bajo los árboles
esperaos un momento,
cuidad que el agua no llegue
hasta ese sobre pequeño,
que basta una so a gota
para borrar el letrado...
y después, por las veredas
del bosque seguid de nuevo,
sin descansar un minuto,
sin volver á deteneros.
Y cuando baje la noche
con su solemne silencio,
no temais al asesino
que se oculta tras los setos;
proseguid vuestra jornada,
entre la sombra id sin miedo
sabed que hay un ángel santo
que acompaña á los viajeros!
¿Escuchais? Pues bien, llevala,
¡llevala con todo empeño!
"¡Adiós" decís?... no, de prisa

id y volved... "hasta luego!"—
¡Oh, mi carta! vuela errante
por ignorados desiertos;
allá va... cruzando montes
y sendas y vericuetos...
Allá van, por los caminos,
errantes mis pensamientos...
vuelan hacia extrañas tierras,
hacia otros climas... ¡muy léjos!
y mientras ellos se van,
yo pensativa me quedo...
¿se habrá llevado mi carta
la corriente de un riachuelo?
olvidada sobre el césped
la habrá dejado el cartero?
¡Oh! quién sabe... allí en las ventas
acaso... a hayan abierto,
acaso en estos instantes
la es en mirando y leyendo,
y acaso también la rompan
y la arrojen hacia el suelo...
¡Ah! tal vez el remolino
entre el polvo la haya envuelto...
ó tal vez, ya dividida,
los pedacillos pequeños,
como alas rotas, revuelen,
esparcidos por el viento...
Y... quién sabe! acaso...
rendido ya, sin alientos,
al cruzar entre las breñas
haya caído el cartero...
y acaso... de sed y hambre
allí mismo se haya muerto...
¡Oh! cuántas dudas funestas
se albergan en mi cerebro!
cuántos temores me asaltan
después que mi carta entregó!
Tras ella se va mi mente
cuando de vista la pierdo;
y pienso en ella en el día,
y por la noche... la sueño,
errante... por los caminos,
entre los bosques espesos,
por carreteras torcidas...
por sendas y vericuetos!...

MARÍA ENRIQUETA

SINFONIA DE AMOR

Dame el arpa, mujer: si quieres versos
palpitantes y tersos,
puros y cristalinos, dame el arpa...
El formidable león que horror pregona
cuando halaga á la leona
guarda y recoge la filuda zarpa!
El que de un sólo golpe ha roto un yugo
estropeando al verdugo,
rinde ante tí sus esplendentes galas;
y te invita á subir ¡Vamos al cielo!
que si no es para el vuelo,
¿para qué tienen nuestros hombros alas?
Jugarás con los astros y las nubes,
si hasta el empuje subes:
y saltando de asombros en asombros,
quizá el arpa de versos soberanos
se caerá, de mis manos;
pero nunca las alas, de mis hombros
Y bajaremos hasta el bosque luego,
y delirante y ciego
cruzaré el bosque como un león herido...
haré que el bosque á nuestro paso se abra
con golpes de palabra,
y nos reciba como al ave el nido!
Saldremos de los bosques á los mares;
y al són de mis cantares,
con ruda proa y con hinchada vela,
rasgaremos el pliego de la bruma,
mirando ambos la espuma
con que cuaja su látigo la estela...
La ola de espumosas explosiones,
mezclará en sus canciones
con gritos de titán, gorjeos de ave...
Eolo soplará. Neptuno mismo
surgirá del abismo
á servir de piloto en nuestra nave!
Lánzate sobre frágil carabela,
desplegada la vela;
y sondeando mi espíritu profundo,
tu anhelo alcanzarás. Avanza, avanza;
ten fé, ten esperanza:
¡oh Colón de mi Amor, toma este mundo!...
El cielo, el bosque el mar, el mundo todo...
Pero si el mundo es lodo,
¿cómo puede atraerte con su halago?
Hay manchas en mis notas azulinas,
en las rosas espinas
y ásperas piedras en el terso lago!
En la eminente cúspide y erguida,
como si de la vida
fuera hermoso y celestial emblema,
apareciste sobre el campo yerto
y el zarzal se hizo huerto
y la estrofa lilial se hizo poema.
No es más radiante el sol cuando se asoma
hacia la verde loma

por detrás de la cúspide elevada:
surgiste; y se hizo entre mi noche umbria
el génesis del día
al hágase la luz de tu mirada!
Yo como Atlas, cargando mis escombros,
llevo sobre los hombros
las ruinas de Herculano y de Pompeya:
tengo el Vesubio en mi alma. Y mis amores
te dan astros, no flores:
en lugar de un idilio, una epopeya!
Yo te quiero cantar como se canta
todo lo que levanta:
para tí el són de mi encrespado verso.
tú eres el capitolio de mi gloria,
la cumbre de mi historia
y el corazón ideal de mi universo!
Soy áspero, y tan áspero ¡oh zagala!
que con un golpe de ala
te habré herido quizás... Pero perdona;
la que al vate perdona y da consuelo
Se hace reina del cielo,
aunque aquí sea reina sin corona!
Ah! no te extrañen mis canciones rudas:
en las hachas filudas
vibra el canto de muerte y de trabajo...
El hierro es el trabajo y es la muerte;
que por extraña suerte
también se da la vida con un tajo.

JOSÉ S. CHOCANO.

TIERRA Y CIELO

Cuando quizás con ánimo atrevido
tu orgullo mis caricias desdeñaba:
cuando quizás tu orgullo se burlaba
de ese amante en su amor empedernido;
cuando en tu alma el desdén formó su nido,
y con tus puertas tu altivez me daba,
amabas sin saberlo al que te amaba,
porque el amor no muere sin olvido.
El futuro es imagen del pasado:
todo dentro de un círculo se encierra
y todo vuelve al primitivo estado.
Variando así con aparente calma,
si lo que ha sido tierra se hace tierra,
lo que estuvo en el alma vuelve al alma!

J. S. C.



MARINA.

Declina el sol Sobre el mar
Ilimitado y sonoro
Baja—diluvio de oro—
La tinta crepuscular.
Melancólico cantar,
Vago, tremulante coro
Asciende... ¡El alto tesoro
De estrellas va á titilar!
Y del confín indeciso
En la faja luminosa
Que un grito al asombro arranca;
Llena de célico hechizo
Como una ala misteriosa
Palpita una vela blanca!

ESTEBAN FLORES.

EN VIAJE

Estoy triste, mi alondra, y no vienes!
Ya te fuiste, mi bien, ya en mis sienas
tus besos no encienden su timbo de amor...
Qué punzante es la angustia del alma!
Qué siniestra en su lóbrega calma
la noche que en ella difunde el dolor!

**

Cómo caen, difuntas las hojas
del árbol ensueño!
Cómo huyen, temblando de frío,
cual viudas palomas, los dulces anhelos!
Y ya la esperanza,
como un astro magnífico y bello,
no luce en la vida su mágica gloria;
y sólo el recuerdo
arroja en la marcha su lumbre de cirios,
de cirios de muertos!
Y la marcha es ardua.
El viaje es inmenso;
el aire que sopla
es un rudo cierzo.
La ruta está llena de trágicos cardos.
La noche es eterna, y es noche de duelo!

**

Y enlutado, solo,
vacilante, enfermo,
por entre los cardos,
bajo el rudo cierzo,
en la eterna noche, camina
mi espíritu errante, luctuoso viajero!...
Porque ya te fuiste, mi divina alondra!
Porque ya no siento tu sagrado beso!

DARÍO HERRERA.

PAGINAS DE LA MODA



Fig. 1. - Traje parisiense de invierno.

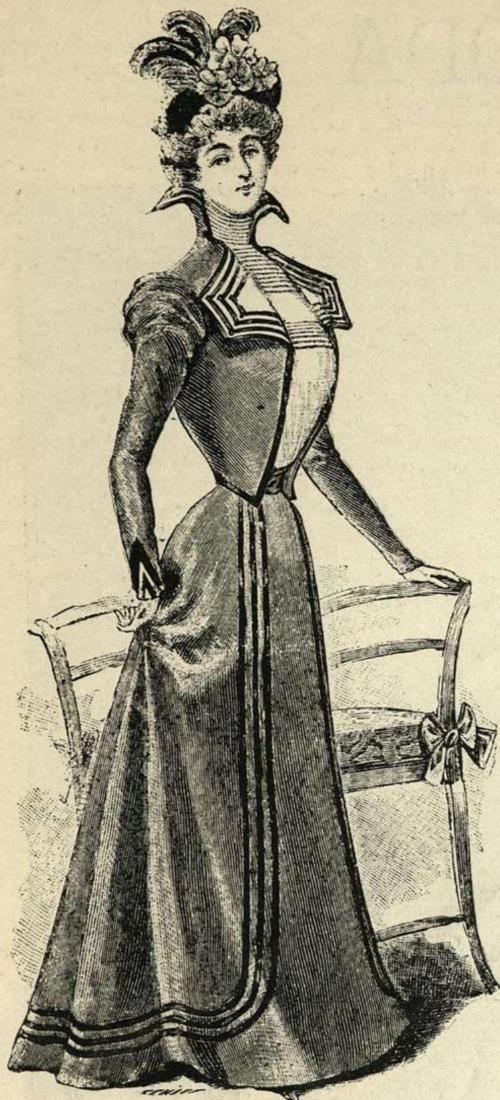


Fig. 2.—Traje de calle.

LECTURAS PARA LAS DAMAS

LA LEYENDA DE LA BLONDA

Así como siete ciudades de Grecia se disputaron la gloria de haber visto nacer á Homero, son varias las poblaciones flamencas que reclaman el honor de haber inventado la blonda. Ninguna de ellas apoya su pretensión en títulos incontestables, mas todo induce á creer que Brujas fué la primera que cultivó arte tan delicado y bello. Un tratado que se celebró con Inglaterra en 1390 citado por *La Revista Británica*, atestigua que desde principios del siglo XIV se fabricaban

en dicha ciudad blondas de mucho precio. Por otra parte, Mme Carolina Popp, en sus *Recits et Legendes des Flandes*, recoje una añeja tradición local referente al origen de esta delicada industria. He aquí la leyenda, tal como la recitan aún las encajeras de allí, á la caída de la tarde, en el malecón del Rosario, manejando diestramente los palillos.

Vivía en un tiempo en la ciudad de Brujas una doncellita joven y rubia, llamada Serena. Su familia era pobre; su madre, anciana y achacosa; sus hermanas, muy niñas aún; de suerte que una y otras vivían de lo que la mayor ganaba, siendo preciso á ésta, para atender á las necesidades de la casa, trabajar sin descanso, á fin de hilar cada semana diez madejas de lino. Serena amaba y era amada: Arnoldo, su prometido, que trabajaba de escultor en calidad de aprendiz, iba á casarse con ella en llegando á maestro; mas viendo crecer de día en día las angustias de los suyos, la joven hizo heroicamente el siguiente voto: "Virgen Santa,—dijo una mañana;—dadme con que pueda atender á las necesidades de mi familia, y yo renuncio á los gozos de la vida, borrando las esperanzas de mi corazón."

El domingo siguiente, Serena se fué con sus hermanitas al campo. Sentada en la hierba, meditaba tristemente, cuando una multitud de estos hilos ténues que se conocen con el nombre de "hilos de la Virgen" por escaparse—dicen—de la rueca de la Santa Madre de Dios, fueron á caer sobre su delantal blanco, entrelazándose de suerte que formaban un dibujo magnífico. Al verlo Serena, comprendió que sus votos habían si-



Espalda de la figura número 1.

do oídos, y llevóse á casa la maravillosa labor. Una vez allí, con un hilo de extrema finura, que sus propias manos blanquearon é hilaron, se impuso la tarea de imitar aquello.

Ardua fué la tentativa al principio. Como los hilos, al practicarse los debidos movimientos, se enmarañara uno con otro, Arnoldo, que lo vió, ató al extremo de cada uno un pedacito de madera: así es como se inventaron los palillos.

Después, con objeto de que la labor se mantuviese firme, la joven la afianzó con alfileres en una almohadilla de lana y de allí vino el nudillo. Una semana después se concluyó la primera blonda, y bien pronto todas las damas de Brujas quisieron ostentar la nueva labor en sus tocados: ya jamás faltó el pan en casa de Serena. Fiel está al voto sagrado que hiciera, cuando Arnoldo, una vez maestro en su arte, fué á tomarla por esposa, negóse á ir al altar. Pero una historia tan bella no podía concluir de un modo tan triste. Un año pasó la joven y piadosa obrera, firme siempre en su voto, hasta que la Virgen, apareciéndosele, la desligó del mismo. Arnoldo y Serena se casaron, fueron dichosos y tuvieron numerosa sucesión. Todos sus vástagos fueron niñas, y todas estas niñas trabajaron de encajeras. Por esto en la ciudad de los canales, los cisnes y las campanas, aún se ve en la puerta de todas las moradas una joven rubia que maneja activa con sus dedos ágiles los palillos y entrelaza los hilos de lino blanco en frágiles, poéticos y maravillosos calados.



Fig. 4.—Falda y gran jacquet de estación.

BOCETOS DE MUJERES

CONSUELO

Su presencia evoca el recuerdo de la sublime concepción germánica. Sí; Mignon, la pobre Mignon surge en nuestro pensamiento entonando la divina romanza: ¿conoces tú el país donde el naranjo florece? "¿Connais tu le pays où fleurit l' oranger?"



Fig. 3.—Traje sastre última novedad.



Fig 5.—Traje ornado con efecto de polonesa.

Tiene once años; la color tostado, el pelo negro, muy negro, tan negro como el porvenir que la espera, y sus ojos dormidos llenos de melancólica ternura, parece que denuncian el dolor prematuro de un alma, la eterna noche de un espíritu joven. ¡ay! muy joven y ya marchito por los embates de la orfandad y la miseria.

Porque ella no tiene una madre que la consuele, que la acaricie, que la bese: duerme donde le coje la noche: ya en este soportal, ya en la escalinata de algún templo, en cualquier parte. Y en estas noches invernales ¡qué frío no tendrán los huérfanos!...

Su boca no es boca: es un clavel ardiente abierto al primer albor de un día de Mayo. Es una boca pedigrüña de besos, pero de besos purísimos como su dueña: perla del cielo en el fango de la tierra, lágrima brillante en vaso roto.

**

Cuando "el cielo se deshace en rayos de oro" y el sol empieza á ocultar su túnica de fuego; cuando las nubes multicolores dibujan con pinceladas de consumado artifice todo lo que pueda soñar la más deslumbradora fantasía; en esa hora

"de la conciencia y del pensar profundo,"

tan admirada por las almas supremas. Consuelo, la niña melancólica, diríjese camino de los parques. En ellos, discurrendo por los pequeños jardines, aulla canciones tristes, tanto como sus tristezas, y en ellos también la insultan los audaces de siempre, los que nada respetan, ni siquiera la aterradora diversidad.



Fig. 6.—Traje de paño azul con bandas de terciopelo.

**

Al comenzar los teatros, sitúase en una de las puertas del Louvre. En ella invoca la piedad, pide limosna que obtiene pocas veces. De los más alcanza la indiferencia ó el desprecio. En ocasiones

"la ciega humanidad que va de prisa la pisa sin querer... pero la pisa!"

Consuelo es una lástima! Cuántas quisieran su escultura de belleza impecable. Vale más que muchas... —Pero verdad—le dije un día—que ya tú no eres buena?

—Y por qué no he de serlo?

Buena y en la calle?.....No te creo. Cuando se anda como tú andas por ahí, huérfana y sola rodando por todas partes y á todas horas, todo se pierde, todo, la inocencia inclusive. Y esas flores, quién te dió esas flores?

—Mi dinero.

—¿Y para eso quietas es la limosna?

—Algunas veces, las flores cuestan poco:

—De manera que te gustan mucho.

—Ya lo creo! Y á quién nó? Yo nací entre ellas, en el campo, donde las hay muy lindas y silvestres. Aquí no las he visto. ¡Ah! Si yo fuera rica, qué jardín no tendría! Me gustan tanto!

Al decir esto, levantaba la frente é iluminábanse sus ojos con claridades de crepúsculo. Parecía entonces la doliente estrofa de un insigne poeta, una alma



Fig. 7.—Traje de paseo.

enamorada de las lontananzas, un tipo fino y esquisito aureoleado por todas las musas.

Consuelo es la poesía en el arroyo. Pobrecilla! Su tez, hoy tan pulida, se llenará de manchas y sus ojitos negros, de negrura incitante, por donde asoman infinitas tristezas, no tendrán más que lágrimas.... lágrimas que abrasen!

ZERP.



Fig. 8.—Traje sastre de paño rojo.

MODAS PARISIENSES.

Las modas de invierno se inician y no por ser de aparición tardía dejan de ser más bonitas. Y es que Paris sabe unir el arte, el buen gusto y al confort.

Las largas pelerinas de paño unido han pasado á la historia y suelen presentarse tímidamente, pero sólo para ir en carruaje; pues para la calle, es mucho más preferida la chaqueta cerrada: no muy ceñida y adornada con gruesos cordones o con anchas cintas de alpaca.

Como forma y como corte, no hay nada que destruya á la llamada hechura de sastrero.

Las faldas no han cambiado apenas, se llevan largas y del mismo paño que la chaqueta.

En los sombreros cada vez menos adornos; son de fieltro y en su mayoría sólo llevan como garnitura un pequeño turbante de peluche, unas plumas y dos alfileres de gruesas perlas, imitación ó verdad.

También se llevarán mucho las graciosas boinas de terciopelo que tanta boga tuvieron el invierno pasado.

El peinado de la Cleo de Merode, es decir, con anchas bandas de cabellos que cubren las orejas, ha cedido su puesto á otro más sencillo y elegante: flequillo ondulado ligeramente echado hacia atrás, moño debajo del sombrero y nuca libre de cabellos.

Eso es todo por hoy.



Fig. 9.—Traje de paño vino.

Recetas útiles.

EL LIMÓN EN LA MEDICINA DOMÉSTICA.

En muchas familias suele emplearse con éxito el limón para curar por ejemplo las neuralgias, aplicando sencillamente á la parte dolorida un trozo de limón recién cortado y frotándole con él.

En el mar muchos marineros usan el jugo para prevenir y curar el escorbuto.

La persona que se sienta ataca cada por la bilis, deberá tomar un poco de jugo de limón en un vaso de agua y sin azúcar al acostarse y levantarse.

Sabido es cuanto se usa el limón para atemperar y apagar la sed en las fiebres, y usándolo también algunos para destruir las berrugas.

Según un libro alemán publicado no hace mucho tiempo, el limón prolonga la vida, tomándolo diariamente, pero no con exceso.

La verdad es que hay pocas substancias domésticas que más beneficios puedan producir que el limón, ya tomándolo interiormente, ya para usos exteriores en las diferentes formas que hemos indicado.

CAMELO.

Este se obtiene haciendo cocer el azúcar quebrado hasta que tome tinte rojizo y despida un olor bastante perceptible, sin dar tiempo á que se queme y obscurezca demasiado. En esta operación, el azúcar comienza por elevarse en el perol para descender luego, dejando algún residuo en las paredes del recipiente. Se consigue que estas partículas no se quemen y estropeen el caramelo, humedeciendo el cazo por su parte exterior, así que se baje el azúcar, con una esponja ó un trapo empapados en agua. Ni en este caso ni en los anteriores salvo el de clarificar y el de espumar el azúcar, conviene tener la espumadera dentro del jarabe.

CREMA AL CAMELO.

Se pone en un caso dos puñados de azúcar en polvo; se mueve á un fuego muy suave hasta que se presente de un color amarillo obscuro; se vierte entonces sobre el fondo de un molde Carlota, y se le deja enfriar.

Se echan siete ú ocho huevos en una cazuela, añadiéndoles algunas yemas se baten y se deslien en un litro de leche, se añaden 300 gramos de azúcar y un poco de cortezas de limón; diez minutos después se pasa el líquido por el tamiz, se vierte al molde donde está el caramelo después de haber engrasado las paredes. Se pone el molde en una cacerola sobre unas trébedes pequeñas, se vierte agua caliente al rededor, de modo que llegue á la mitad de la altura del molde; se hace hervir el agua y se retira la cacerola á un fuego muy suave para que el líquido conserve su mismo calor sin hervir; se cubre la cacerola, se pone coniza caliente sobre la tapadera, y se deja reposar la crema durante una hora por lo menos; se le deja enfriar en el agua, y en el momento de servirla, se invierte sobre un plato. Este entremés se sirve frío ordinariamente.

HOJALDRA CON AZÚCAR.

Una libra de harina, siete yemas de huevo, media onza de manteca cruda, azúcar suficiente y el agua tibia que baste para ablandar la masa.

SALSA DE PEREJIL.

Un manojo de perejil se muele sin los palitos, se baja del metate con agua y se le pone vinagre, aceite, sal y cebolla cocida.

CONSEJOS SANOS.

Lucha solo con las vicisitudes de la vida.

Abre tu propio camino, no pidas favor á nadie, y lograrás mil veces más éxito que aquellos que andan mendigando siempre la influencia y la ayuda ajena. Nadie te ayudará como tú mismo, porque nadie se interesará más por tu bienestar como tú mismo.

El primer paso es el más difícil quizás: pero continuando uno tras otro con perseverancia, se llega á la montaña. Una vez en ella, mantente firme. Anda entonces con más cautela, mide tus pasos, no sea que un resbalón ó un salto imprudente, de la cima te precipite al pié de la montaña, descalabrado y maltrecho, sin poder quizás emprender de nuevo la subida.

Los hombres que se hacen ricos no son nunca los que heredaron una fortuna de sus padres, sino aquellos que en la pobreza, empezaron á buscar el camino de la riqueza con el trabajo, la economía y la constancia.

Los hombres que han adquirido gloria, fama y popularidad por sus merecimientos personales, no son aquellos que andan cambiando á fuerza de oro los aplausos, elogios y ovaciones de una multitud venal, sino los que con su saber, su heroísmo y sus virtudes han conquistado la espontánea estimación pública.

Si trabajas para adquirir fama, gloria ó fortuna, siempre sin ofensa de Dios, trabaja con ahinco con tus brazos, tu corazón ó tu cerebro. Di "quiero ser esto," y lo serás algún día. No permitas que ninguno diga: "Este hombre me debe lo que es."

Algunas veces los muchos amigos perjudican; vale más no tener ninguno.

EL CORSÉ Y EL ALIENTO DE LAS MUJERES.

Un autor alemán dice:—Mis largos estudios ginecológicos me llevaron á una observación importante sobre las funciones del hígado, cruelmente torturado por el corsé, descubrí como causa única del aliento fétido de las mujeres, la compresión dada á la cintura, que estanca la bilis y degenera las funciones anexas á la circulación de la sangre.

Corazón de coqueta.

Una señorita bastante coqueta se lamentaba de la infidelidad de los hombres.

—¡Todo ha concluido para mí!—decía en un arranque desesperación—¡Tengo el corazón destrozado!

—Y ni siquiera tienes el recurso—le contestó una amiga—de reunir los pedazos; porque hace mucho tiempo que lo has ido repartiendo.



Fig 10.—Elegante traje para niño.

ENTRETENIMIENTO.

Un comerciante á su dependiente:
Pero, hombre, ¿cuándo dejará usted de ser tonto? Todos los días me llena usted el diario de borrones, para pasar la lengua por la tinta. Beba usted de la botella y le será menos molesto.

NUESTROS GRABADOS

FIG. 1.—TRAJE PARISIENSE DE INVIERNO.
DELANTERO Y ESPALDA.

Es este uno de los más elegantes modelos que se han inventado para la estación. De sarga finísima moiré está formado por un casacón todo drapeado de terciopelo con galones de seda crema. Un elegante yoke lo remata, drapeado á su vez de encaje de alençon y abierto sobre una camisa de piel plissé de cuello alto y ceñido por corbata capricho. La falda va adornada de soberbios galones del mismo estilo que los del casacón y lleva acuchillados con grandes drapeados de mucho gusto.

FIG. 2.—TRAJE DE CALLE.

He aquí una linda *costume de ville* en sarga glacé, con la falda y el corpiño guarnecidos de trenza moiré. El cuello, los reversos y el chaleco son de paño crema; la cintura de cintas de satén.



Fig. 11.—Sombrero fieltro.

FIG. 3.—TRAJE SASTRE ÚLTIMA NOVEDAD.

Es de paño verde claro, tramado con bandas de paño malva. Estas combinaciones de paños de diversos colores están muy en boga en la actualidad. La falda es extremadamente larga y abierta en la parte inferior, muestra una faldeta figurada, de paño malva plissé. El cuerpo, estilo sastre baja hasta la media-nía de la falda en faldones parejos, ribeteados de paño también y se ciñe graciosamente al talle por una cintura de raso.

FIG. 4.—FALDA Y GRAN JACQUET DE ESTACIÓN.

Muy severo es este modelo de paño gris obscuro con falda de media extensión tramada de bandas de bordado, muy elegantes. El jacquet es largo completamente cruzado y de falda oval. Dos grandes yockeys bordados lo cubren en la parte superior.

FIG. 5.—TRAJE ORNADO CON EFECTO DE POLONESA.

Es de paño malva con una polonesa figurada, de suma elegancia. La falda está orlada de cintas de raso paralelas y la polonesa lleva volantes ligeros.

FIG. 6.—TRAJE DE PAÑO AZUL CON BANDAS DE TERCIPELO.

Compónese de una camisola de tul fruncida ligeramente, de un cuerpo bolero elegantísimo ribeteado de gran galón bordado que se repite en la falda figurando un delantal y de una gran falda plegada atrás en elegantes pliegues. Las bandas de terciopelo son circulares y muy anchas.

FIG. 7.—TRAJE DE PASEO.

Es de una encantadora fantasía, de paño azul, con casacón capricho de dos faldones superpuestos, solapa doblada y plastrón de paño más obscuro con cuello valois.

FIG. 8.—TRAJE SASTRE DE PAÑO ROJO.

Está formado de un jacquet muy justo con solapas viejo estilo, de una falda plena con un gran delantal triangular de mucho efecto, y de un plastrón obscuro y liso de alta novedad. La falda tiene tres grandes pliegues.

FIG. 9.—TRAJE DE PAÑO VINO.

La novedad de este traje está constituida por las bandas de terciopelo que lo adornan, figurando en el cuerpo un bolero de mucha fantasía y en la falda un delantal, y rodeando después la misma falda. Dos elegantes yockeys y una corbata fantasía completan el adorno.

FIG. 10.—ELEGANTE TRAJE PARA NIÑO.

Marinero, muy gracioso, estilo gaviero, en cheviotte Thibet, marino ó negro, con doble cuello en tela azul y un jersey muy elegante.

FIG. 11.—SOMBRERO FIELTRO.

Ornado de plumas en el ribete de la falda redonda, con una gran drapería de raso rosa formando penacho y moño.

OTRO PAGO DE 12,000.00 DE "LA MUTUA" EN ZACATECAS.

Un timbre de \$12.00 cts. debidamente cancelado. Recibi de "The Mutual Life Insurance Company of New York" la suma de (\$12,000.00) doce mil pesos, plata mexicana en pago total de cuantos derechos se derivan de las pólizas núms. 311,061 y 542,832 bajo las cuales estubo asegurado el finado Sr. Don

JACINTO ROQUE SALAZAR

y para la debida constancia en mi carácter de albacea de la intestamentaria del finado, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación, en Zacatecas á veintiocho de Octubre de mil ochocientos noventa y ocho.

Firmado.—**Carolina Salazar.**—Rúbrica.

Un timbre de \$0.50 cts. debidamente cancelado. El Lic. Tranquilino Aguilar, Notario Público en ejercicio de sus funciones

Certifica: que la firma que antecede es de puño y letra de la señorita Carolina Salazar, quien la ha puesto en mi presencia y dicho ser la misma que acostumbra usar en todos sus negocios. En comprobación de lo cual, sienta la presente en la Ciudad de Zacatecas, Estado del mismo nombre, á veintiocho de Octubre de mil ochocientos noventa y ocho Doy fe.

Firmado.

Lic. Tranquilino Aguilar.

N. P.—Rúbrica.

oídos que la despertó de su abatimiento con un ligero temblor; quiso levantarse y le faltaron fuerzas. Entonces oyó el órgano resonar al través de los espesos muros de la iglesia con una armonía vaga y poderosa, lenta como una plegaria y consoladora á la vez. Se acordó de la religiosa blanca que había atravesado su camino y que era seguramente la que estaba tocando. Entonces le vino la visión de una vida apacible entre aquellas cuatro paredes grises, detrás de aquella iglesia de aldea. Nada de crisis: una paz divina, un sueño de alma y de corazón, una muerte esperando la muerte. La paz! el reposo! con qué ardiente pasión llamaba esas dos dichas de las cuales tenía sed. No pensar más, no amar más, no sufrir más....

Cerró los ojos y lloró silenciosamente.

El sonido del órgano era una sucesión de acordes que derramaba paz y calma en esta ardiente tarde de estío. La iglesia adquiría voz y cantaba un *angelus* de reposo y de quietud; iban á

—Excúseme usted, decía, aún sacudida por estremecimientos nerviosos. Un momento de enfermedad....

—Tiene usted alguna pena? preguntó la hermana con una voz dulcemente imperiosa, habituada á inspirar confianza y á distribuir consejos.

Esta especie de autoridad no desagradó á María Magdalena que se sentía herida y en un completo aniquilamiento.

—Sí, dijo, tengo una gran pena.

La hermana vió su traje y notando que no era de luto, consideró que la desgracia no era tan grave. Magdalena lo comprendió y dijo:

—Sí. He perdido á alguien á quien amo; lo he perdido como si hubiese muerto.

La religiosa se irguió, pero su cara tranquila, sus ojos lánguidos, sus arrugas, habían ganado la confianza de María Magdalena que en breves frases refirió lo que le había pasado.

La monja oyó con la impasibilidad de un ser

salido de la vida, lejano á las pasiones y á las luchas del corazón y que no comprendía más sentimientos que la resignación y la obediencia.

—Esas tristezas, dijo, se las hace usted sola. Debe usted obedecer á su marido, humillarse y domar su orgullo. Yo tengo sesenta años y obedezco á mi superiora que es mucho más joven que yo.

Magdalena quedó desconcertada: la hermana no la había comprendido, pues entre ambas situaciones existía mucha diferencia.

Oyó sin embargo dócilmente esa voz lenta y dulce que le daba consejos banales como á una niña indócil, y comprendió su error de haberse dirigido á una mujer que no sabía nada de las tormentas de la vida. ¿Cómo era posible que sus dolores fueran comprendidos ni apreciados en su verdadero valor, si no habían hallado eco alguno en el corazón de la monja?

Se oyó el sonido de una campana. La religiosa se levantó y dijo:



dormir las flores, las tumbas y las piedras grises, en tanto que la religiosa, alma de todo esto, oraba con aquella voz que difundía pensamientos claros como la luz.

María Magdalena, logrando ponerse en pié, penetró bajo la bóveda sombría y profunda de la iglesia que tenía interiormente una humedad de cueva. Allí, junto al harmonium vió á la monja que tocaba. Toda la luz del sol poniente se concentraba en ese punto pasando á través de una ventana oblicua.

María Magdalena desfallecida, presa de un vértigo, se paró á verla y la monja, presintiendo á alguien cerca de ella, se volvió y sorprendida vió el espanto y la angustia de la joven.

—Está usted enferma, señorita?

Bajo esta mirada de piedad el corazón de María Magdalena se dilató y sin poder hablar estalló en lágrimas. Luego se dejó llevar hasta la sacristía donde la monja la hizo sentarse en una silla de paja.

—Llaman para los oficios vespertinos. Es necesario que me vaya al convento.

María Magdalena la siguió á través de la iglesia, la vió inclinarse un minuto ante el altar, y luego, bajo el pórtico, se despidió y le dió las gracias sin convicción. La hermana tocando apenas con las puntas de los dedos la mano que le tendía María Magdalena y conservándose indiferente y tranquila, concluyó con esta frase dicha de un modo expresivo:

—Es necesario que ofrezca usted sus penas al buen Dios:

María Magdalena se alejó más triste que antes; como si acabara de perder, de improviso, un motivo de esperanza y de consuelo. Ah! qué vacío sintió al oír esas palabras banales dictadas por una caridad obligatoria que carecía de compasión! ¡Qué lejos estaba de ella esta mujer que se consideraba superior. No le dijo ni una palabra conmovedora y tierna, y sin embargo, decírsela ¡habría sido tan fácil!

Lucía Hartley y Darlot llegaron en breve á la lancha del lado del Océano; y después de haber descendido por un camino empedrado de granito, lleno de oquedades y sembrado de guijarros sueltos, atravesaron las extensiones en que crecían juncos y matorrales y que fueron conocidos por René la primera vez que vió este país. La casa blanca del semáforo resplandecía con una claridad deslumbradora sobre el azul verdoso de la mar.

Darlot refirió las sensaciones que experimentó durante aquella primera excursión y la impresión inolvidable que dejó en su ánimo el espectáculo de esta llanura ardiente y melancólica.

—Hay sobre todo un peñón en forma de embarcación antigua, dijo Darlot, en el cual estuve sentado largo rato y que me sorprendió vivamente. Desde allí la distinguí á usted. . . ¿quiere que vayamos á verlo?

Acababan de hablar acerca de este peñón abrupto y curioso, cuando distinguieron, recorriendo la claridad del horizonte, su proa elevada y su gallarda y poderosa figura. Avanzaron hasta llegar allí; Darlot dió la mano á Lucía para ayudarla en la ascensión, y luego los dos sentados comodamente se pusieron á respirar la húmeda y fresca brisa de la mar.

La iglesia de la Claridad se les aparecía muy visible aún, y el sonido de sus campanas les llegaba apenas debilitado por la distancia. La lancha estaba solitaria, pero por el lejano camino que se divisaba desde el peñón y que parecía una cinta blanca tendida sobre las rocas rojizas, veían pasar grupos de campesinos que se dirigían á la aldea.

Después de unos instantes de silencio, Lucía dijo:

—Estoy muy preocupada y sufro pensando en lo que va á resultar de todo esto.

René que no pensaba más que en armarse de valor para hablarla, se quedó mirándola con admiración.

—Sí: pienso en María Magdalena, porque su estado no es nada tranquilizador; su marido tiene un aspecto tan reservado, que casi no se vislumbra lo que siente ó proyecta.

—A mí no me simpatiza, dijo Darlot.

—Yo reservaría mejor mi opinión porque casi no le conocemos. Me pareció encantador durante el corto viaje que hicimos juntos para venir aquí, y creo que realmente ama á María Magdalena.

—¿Por qué entonces la deja bajo la autoridad insoportable de la señora Le Clercq?

—Me admira que un francés me dirija semejante pregunta.

—Por qué?

—Por que en Francia tienen ustedes una idea de la familia llevada mucho más lejos de lo que se acostumbra entre nosotros que amamos acaso más que ustedes pero conservamos mayor suma de independencia. Cada cual va por su camino sin inquietarse demasiado por el que sigan su padre, madre y hermanos ó hermanas. Mire usted. En mi casa, somos ocho hijos: los cinco varones, terminada apenas su instrucción, empezaron á bastarse á sí mismos: dos se alistaron en la marina, dos entraron al comercio, y uno fué á establecerse en las colonias inglesas de la India. Este último es el más joven, y me tocó estar en casa el día de su partida. Como mamá le quería mucho, estaba personalmente ocupada en

los preparativos, y llegado el instante de la separación le acompañó solamente hasta la puerta de la casa y le besó; luego mi padre le dió un apretón de mano y nosotras nos asomamos á la ventana para verlo por más largo tiempo. En Francia toda la familia habría ido al barco y hubiera habido una gran escena de lágrimas, besos, y desesperación; pero nosotros nos amamos de un modo menos expansivo aunque más profundo. A vuelta del tiempo tuvimos noticia de que el pobrecillo había tenido una peligrosa enfermedad del hígado ocasionada por el clima, y nos fué muy grato saber al mismo tiempo que pasada la crisis alarmante estaba ya en convalecencia.

Darlot acordándose de la ternura enfermiza que había tenido por su madre y por su hermana y de la dolorosa agonía que sufrió perdiéndolas, se sintió bajo la impresión de que era una especie de mujercilla neurótica, al oír la conversación de la señorita Hartley.

—Debe usted considerarnos á los franceses como seres dotados de una sensibilidad exajerada é infantil.

—No enteramente. Lo que pasa es que ustedes colocan el asunto para observarlo desde otros puntos de vista y en eso consiste todo. La educación de ustedes los predispone á ello como la nuestra nos desarrolla más el sentimiento de la propia personalidad.

—Podría esa cualidad de ustedes considerarse como un refinamiento del egoísmo, porque, en suma, yo de otro modo no acierto á comprender bien esta facilidad para la separación, que viene á ser como la desorganización de la familia.

—No lo crea usted: la familia tal como la comprenden ustedes, existe en Inglaterra entre el marido y la mujer, y entre estos y sus hijos, pero esto es mientras llega el día en que estos por su edad y condiciones alcanzan la aptitud necesaria para reclamar su libertad.

—La naturaleza nos enseña algo de eso. Tan pronto como las alas de los pajarillos están listas para funcionar debidamente, los pajarillos las aprovechan para irse del nido y no vuelven más.

—Y si vuelven se les acoge con regocijo, pero sus padres no sienten la necesidad de conservarlos á su lado para toda la vida.

—Usted tiene dos hermanas, me dijo?

—Sí: Luisa y María. Luisa se casó y esta viviendo en Escocia; ya tiene hijos y hace muchos años que no la vemos. María se ocupa de asuntos sociales: da conferencias, escribe y habla con mucha erudición y facilidad. Una vez la oí y me dejó complacida. Pero no vaya usted á imaginarse que es una oradora de *meeting*, desordenada y populachera. No. Mi hermana es una *Lady* con muy distinguidas relaciones en el gran mundo, y aunque le agradó darse á los estudios políticos y sociales, lo hace guardando su posición y su rango. Entre ustedes, la mujer bien educada tiene horror á la publicidad y permanece obstinadamente alejada de las luchas de ese género, pero en Inglaterra no es lo mismo aunque seamos sobre el particular muy diferentes de las americanas. Todo esto consiste sencillamente en la solidez de la educación.

—Entonces su mamá de usted conserva aún á su lado á una de sus hijas.

—No: Mi madre habita en el Norte, en una pequeña ciudad del Condado de Durham, en tanto que María reside en Londres comunmente. Allí tiene una casa suya lo mismo que yo que voy á visitar á mi madre cada vez que vuelvo á Inglaterra, porque, como lo sabe usted, viajo con mucha frecuencia.

Todas estas confidencias desconcertaban excesivamente á Darlot. Esta familia esparcida por las cinco partes del mundo, estas gentes que encontraban tan sencillo vivir las unas lejos de las otras le inspiraban una especie de antipatía á él que amaba tanto á sus amigos y sufría tan honda pena al separarse de ellos.

Lucía observó que se había quedado pensativo. —Comprendo que mis ideas no conjugan con las de usted, dijo sonriendo.

René se quedó mirándola por algunos instantes poseído de pensamientos contradictorios que ya le inclinaban á hablar, y ya á callarse, hasta que por fin tomó bruscamente su resolución y sin la menor frase preparatoria dijo.

—¿Me acepta usted por marido? La amo á usted y ya debe haberlo comprendido desde hace tiempo.

Lucía á su vez se quedó contemplándolo con

fijeza, pero tranquila, sin que pareciera haberse desconcertado ni de lo inesperado de la demanda ni de los términos en que fué presentada.

René por su parte, apenas habló se sintió como aliviado de un gran peso y con la convicción de que había obrado bien.

Luego añadió bastante conmovido, pero muy dueño de sí:

—En efecto, Lucía: la amo á usted sinceramente y no podría dejar de amarla aunque se enfermara y se pusiera fea, porque amo principalmente su inteligencia y sus ideas, y su alma, por más que también amo su talle, sus ojos y su boca. Usted piensa como yo en muchísimos asuntos y á la verdad tiene usted más energía que yo, lo cual en estos momentos me espanta. ¿Me estimará usted lo bastante para aceptar mis pretensiones? Tengo miedo de ser un poco despreciado por mis nerviosidades y mi voluntad de escaso vigor, pero no puedo comprometerme á cambiar porque mentiría; ese defecto no depende de mí y es superior á los esfuerzos de mi razón. Es posible también que me encuentre usted demasiado viejo: soy una especie de ruina que aún puede tenerse trabajosamente en pié y no trato de disimular que tengo muy pocos atractivos como no sea para la sepultura.

La sonrisa de Lucía se acentuaba al oír la manera original que tenía Darlot de defender su causa, haciendo resaltar con lealtad los defectos que creía tener.

Darlot siguió:

—Usted es joven y fuerte por la voluntad y por la inteligencia, y podría ser para usted motivo de sufrimiento darse un marido tan desemejante. . . No me conteste usted desde luego; reflexione muy bien sobre mis proposiciones. Amor es lo único que puedo ofrecer á usted, y un amor como el mío la verdad que no vale gran cosa.

—Las objeciones que está usted haciendo, no existen, dijo Lucía. Tal como es el carácter de usted lo estimo y usted personalmente me es agradable. Sólo hay una cosa en que usted no ha pensado y que constituye la dificultad real: mi libertad, mi modo independiente de vivir. No me diga usted que lo conservaré después de casada, porque eso es inadmisibile. No quiero que mi marido, si llego alguna vez á tenerlo se someta á mis caprichos, porque no lo estimaría.

—Sin embargo, nuestras voluntades pueden ponerse de acuerdo para funcionar sin oprimirse. Creo tener los mismos gustos de usted por los viajes y los cambios, lo cual es ya una buena condición.

Lucía movió la cabeza.

—No es esa solamente, dijo, lo que me preocupa: se trata sobre todo de las acciones diarias, que yo ejecuto sin cortapisa de ninguna especie y sin tener que preocuparme de lo que sobre ellas opine cualquiera otra persona sea quien fuere.

—Sin embargo, esta independencia absoluta tiene ahora una explicación natural, puesto que proviene del aislamiento en que usted se encuentra. ¿A pesar de sus firmezas y energías de espíritu, no le hace á usted falta la sensación de una ternura en torno suyo, alguien á quien amar y que también la ame á usted? porque la afección que se puede tener por hermanos y hermanas, así como la que ellos tienen, es solo una prolongación del dulce cariño de la infancia. Pero el verdadero amor; el que quiero de usted y le ofrezco, tiene por alimento fundamental la dicha de sacrificar uno sus gustos y sus preferencias, ante las preferencias y los gustos del sér amado. No estar ya solo en el mundo; sentir que la vida y la muerte propia importan á alguien, y sentir así mismo que se es necesario para la dicha de otro, todo eso es lo que concentrado en un sentimiento real y recíproco hace la ventura, pues evidentemente ninguna persona discreta como usted, sería capaz de enagenar su libertad en provecho de los caprichos del primer individuo decente y honrado que viniese á ofrecerle á usted su mano.

Lucía permaneció pensativa.

Darlot continuó:

—La cuestión, pues, se reduce á saber si puede usted amarme porque eso lo allanaría todo. ¡Es tan grato y tan cómodo eso de las mutuas complacencias! Acabo de decirle á usted que tengo sus mismos gustos por los cambios y por viaje. Eso es verdad, pero son gustos nuevos nacidos ahora que estoy enamorado de usted, pues anteriormente prefería el reposo, y cual-



quiera partida me era penosa como si se me desarraigara de un punto amado. Tengo el alma melancólica y no puedo dejar mi casa, alejarme de un amigo sin opresiones en el corazón y sin sentir la idea de que acaso es la última vez que tengo tales sensaciones; pero desde el momento en que estuviera yo al lado de usted sin separarme nunca, es como si no me separara de nadie, pues siendo con usted, ya sea en Finlandia ó en Túnez en Egipto ó en el Brasil, estaría yo cerca de cuanto ama mi corazón. Amor soberano que todo lo borra para existir imperioso y único.

—Amor peligroso, dijo ella, realmente conmovida, pues hace colocar todas las esperanzas de la vida en un ser mortal.

—No despierte usted la posibilidad de la separación definitiva, exclamó René palideciendo de angustia. Ya he sufrido desgarramientos espantosos! Sin que haya lugar á dudas, las gentes que no aman son mucho menos desgraciadas, puesto que no se interesan más que por su persona, pero también es verdad que no conocen lo que es vivir. Su felicidad es siempre negativa;

desconocen las alegrías del amor, de la abnegación, de ser útil á alguien. Yo, prefiero sufrir á ser insensible como esas rocas ó como esas briznas de yerba. ¡Y después de todo, tampoco está bien demostrado que las yerbas y las rocas carezcan de sensibilidad! Las flores deben amar al sol puesto que mueren durante su ausencia. . . . Lucía! Reflexione usted y no me conteste todavía si tiene alguna vacilación. La verdad es que yo no puedo ofrecer á usted más que amor y toda la defensa que puedo hallar es esta: Amo. Pero si usted pudiera llegar á amarme también, créalo, sería mucho más feliz de lo que es usted ahora. . . . El aislamiento no es bueno.

Después de que René acabó de hablar un prolongado silencio reinó entre los dos. La brisa del mar, encalmada, apenas tenía fuerza para inclinar los matorrales y para estremecer en sus tallos á las flores recién abiertas y olorosas de los juncos. Las campanas de la capilla de la Claridad se habían callado.

El sol descendía hacia la mar inundando los cielos y las aguas de una ancha franja de púrpura.

Nubecillas ligeras de color cobrizo se amontonaban en el occidente, y un rayo vivísimo de luz danzando sobre la cresta de las olas venía desde el horizonte y parecía una cinta de oro tendida sobre la onda azul. Calma inmensa caía del espacio, subía del mar tranquilo, flotaba en el ambiente y envolvía todas las cosas, y un sentimiento de quietud y de serenidad llenaba aquellos dos corazones que acababan de abrirse el uno para el otro.

Entonces Darlot y Lucía sintieron algo como la pérdida de la pesantez y el alejamiento de la tierra. . . . las gaviotas y las golondrinas que volaban muy alto, les llevaron en sus alas la soñadora imaginación por el espacio diáfano y oloroso, y la naturaleza toda, á la que tanto amaban, les penetró serena y augusta; creyeron que ella les amaba también, que era su confidente, que presenciaba la unión divina de sus almas y que la aprobaba. . . . Lucía tendió la mano á su amigo y él la aprisionó entre las suyas.

Así permanecieron largo tiempo sin decirse nada porque no hay palabras con que pueda expresarse lo que sentían. Luego ella tembló ligeramente, porque la brisa empezaba á refrescar con la puesta del sol.

—Vamos, dijo René. Tiene usted frío.

Descendieron del peñón y Lucía dijo:

—Vendrá usted á visitarme más tarde? Leemos el sueño de una noche de estío

—No. Esta noche no, porque no hay poesía escrita que valga lo que ahora tengo dentro de mi alma.

Cualquiera otra poesía es muy inferior y quiero repetírmela con deleite á solas, porque para la expansión de mi espíritu necesito unas horas de soledad. Permaneceré en la playa una parte de la noche y volveré á este mismo sitio para hablar con mi conciencia de la felicidad. Adios!

Se dieron otra la vez la mano, y luego Darlot pasando su brazo al rededor del talle de Lucía la aproximó á él y le dió un beso. Después se separaron y siguió cada cual por su camino.

Lucía con paso lento tomó el de su casa. No quería reflexionar sino cuando más soñar, dejándose deslizar á una impresión muy dulce: al recuerdo de la hora deliciosa que acababa de pasar.

Es necesario saborear bien esas raras horas de felicidad absoluta. La tristeza y la desgracia están siempre en acecho de las personas felices y les dejan poco tiempo de gozar.

Ya cerca de la aldea, en el sendero arenoso abierto sobre la roca, vió que venía hacia ella un hombre que andaba á pasos precipitados. Lucía salió de su ensueño y reconoció á Roberto Le Clercq que caminaba muy de prisa con el aspecto de un hombre que huye.

Roberto se le acercó reconociéndola á su vez y le dijo con voz alterada.

—Salgo de la casa de usted, pues quería ver á usted antes de partir.

—Antes de partir... ¡cómo! ¿pues qué se va usted? Eso es imposible.

—Parto... Parto desde luego: y si hubiera un medio de estar ahora mismo en Montpazier lo aceptaría cualquiera que fuese, contestó él con una especie de furor reconcentrado decapitando con la punta del bastón una copa de jaramagos silvestres.

Lucía, bruscamente arrebatada á su propia dicha por el drama que presentía, dijo recordando su sangre fría y su firmeza de ánimo:

No sale tren por las tardes. No puede usted partir si no es hasta mañana. ¿Quiere usted hacer el favor de decirme lo que pasa?

El natural reservado de Roberto era contrario á toda confidencia, pues le repugnaban las intimidades; de ordinario era inaccesible y no dejaba que penetrara nadie en las profundidades de su alma; pero en este momento sufría y su irritación y su amargura erau demasiado violentas para que se pudiera contener.

Por otra parte, estimaba en mucho las altas prendas de discreción y talento de la mujer con quien hablaba; así es que no vaciló y le dijo:

—Entre ella y yo todo ha terminado. No me ama, no me ha amado nunca: tengo la prueba. ¡Y pensar en que he sido bastante loco para venir aquí esperando que me la llevaría! Pero no podía creer en semejante indiferencia... María Magdalena es seca y dura como este pedazo de piedra.

Roberto golpeó violentamente con su bastón el extremo de una roca más elevada que las otras en la orilla del camino. Lucía sin tomar nota de la acusación lanzada contra su amiga preguntó:

—¿Quiere usted decirme lo que ha pasado. Vamos á mi casa.

—No porque ella no tardará en venir y no quiero ya verla más. Lo que ha pasado, no se lo puede usted figurar. Rehúsa irse conmigo á Montpazier.

Lucía fijó en su interlocutor una mirada investigadora.

—¿Y es bien cierto que ella rehúsa irse á Montpazier á vivir con usted?

Roberto hizo un ademán de colera.

—Ah! sí... olvidaba que usted es conocedora de su querrela: ha debido contar á usted todas las indignas persecuciones que la hacia sufrir mi madre ¿no es así? Se ha aplicado el interesante papel de víctima...!

—Pues no! dijo Lucía con la tranquilidad más grande. Mag es muy reservada bajo su aparente abandono, y apenas me ha dejado entrever que había algunos puntos de desacuerdo entre ella y la señora Le Clercq, pero yo he adivinado el res-



to lo cual no me era muy difícil, habiendo podido como pude observar por mí misma el estado de las cosas durante mi permanencia en Montpazier. Creo que hasta le hablé á usted mismo muy seriamente sobre el particular... .

—Oh! añadió Lucía viéndolo hacer un gesto de impaciencia; no me crea usted tan importuna que vaya ahora á hacerle reproches por no haberme escuchado entonces, ó para vanagloriarme de haber previsto desde entonces lo que ahora está sucediendo; yo estoy bastante desolada á causa de este suceso y eso es todo. Vamos, dígame usted, se lo ruego, los detalles de lo que ha ocasionado este rompimiento.

—Ah! La causa de este rompimiento. Pues sencillamente porque yo tuve la poca cordura de casarme con una niña cuya educación no era bastante sólida ni basada en sanos principios. Ella quiere exigir todo de los demás, sin darles nada en cambio. La causa de nuestro rompimiento... que no me ama, que no ha visto nunca en mí más que un marido rico y en buena posición... Eso es todo.

—Está usted muy encolerizado dijo Lucía Hartley con la exactitud de su buen sentido. Cállese usted y trate de referirme detalladamente todo lo que ha sucedido, pues acaso le podré ser útil. ¿De qué le sirve á usted indignarse contra ella, sobreexaltándose así más y más? Si María Magdalena, egoísta y desamorada no viera en usted más que un marido rico, y si ambiciosa no pensara más que en la posición social, volvería á Montpazier y se sometería al yugo de su suegra antes que perder aquellas ventajas. Pero no, no quiere eso, y su rebelión prueba su desinterés. ¿No le parece á usted lo mismo?

—Es verdad, contestó él con acento irónico, ya estaba yo seguro de antemano de que usted le daría la razón.

—No le doy la razón á nadie: ruego á usted

solamente que me refiera con detalles lo que acaba de pasar entre ustedes dos.

Roberto la dijo, entrecortando su relato con exclamaciones de cólera y revistiendo á María Magdalena de los más detestables sentimientos, lo que hablaron ambos, y la señorita Hartley le oyó sin interrumpirle dando muestras de gran calma y serenidad. La exaltación de este hombre tan reservado de ordinario la conmovió, porque era una prueba de que había sido herido en lo más hondo de su ternura. Amando como amaba á María Magdalena, habría creído sin inconveniente que podía exigirle en nombre de este amor la sumisión ansiada, y concluía que no era amado porque no se le hacía ese sacrificio.

—Está usted muy agitado esta tarde, señor. El negocio es tan grave que en mi concepto, no debía usted decidir nada á la ligera. Deje usted algunas horas de plazo para que reflexionen los dos, y haga usted mañana una nueva prueba.

—No! Todo ha terminado. Mi resolución es irrevocable. Me opuso una indiferencia glacial que nada pudo vencer, y no hallé en mi cariño expresiones bastantes para conmovérla. Si la hubiera usted visto inmóvil, sentada frente á mí y sin mirarme casi! No, no! Mañana me voy; y lo único que lamento es no poderlo hacer en este mismo instante.

—No admito semejante precipitación, dijo Lucía con firmeza: usted en estos momentos se está dejando arrebatado por accesos de furor indignos de un hombre inteligente, y en vez de emplear la voluntad en obligar al pensamiento á formarse ideas tranquilizadoras, se excita usted más y más con imprecaciones y acusaciones exageradas.

(Concluirá.)